



Holly G o l i g h t l y es, quizás, e l m á s seductor personaje creado por este maestro de seducción q u e fue T r u m a n Capote. Atractiva sin ser guapa, tras rechazar una carrera de actriz e n H o l l y w o o d , H o l l y se convierte e n una estrella del N u e v a Y o r k más sofisticado; b e b i e n d o cócteles y r o m p i e n d o corazones, parece ganarse la v i d a p i d i e n d o suelto para sus expediciones al tocador e n los restaurantes y clubes de moda, y vive rodeada de los tipos m á s disparatados, desde un mafioso q u e c u m p l e condena e n Sing Sing y al que visita semanalmente, hasta un m i l l o n a r i o caprichoso de afinidades nazis, pasando por un viejo b a r m a n secretamente e n a m o r a d o de ella. Mezcla de picardía e inocencia, de astucia y autenticidad, Holly vive e n la provisionalidad p e r m a n e n t e , sin pasado, n o q u e r i e n d o pertenecer a n a d a n i a nadie, sintiéndose desterrada e n todas partes pese al *glamour* q u e la rodea, y soñando siempre e n ese paraíso q u e para e l l a es Tiffany's, la famosa joyería neoyorquina. *Desayuno en Tiffany's* es u n a extraordinaria n o v e l a corta q u e , p o r s í sola, bastaría p a r a c o n s a g r a r a u n autor.

*rít.lo de la edición original:*

Desayuno en Tiffany's

Breakfast at Tiffany's

R a n d o m House, Inc.

Nueva York, 1958

*Diseño de la colección:*

Julio Vivas

Portada de Ángel Jové

*Primera edición: junio 1990*

*Segunda edición: junio 1994*

© T r u m a n Capote, 1950, 1951 © 1956, 1957,

1958, 1960. Renovado en 1973 por T r u m a n

Capote. T r a d u c c i ó n p u b l i c a d a p o r a c u e r d o

con R a n d o m House, Inc.

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1990

Pedró de la Creu, 58

08034 B a r c e l o n a

ISBN: 84-339-2017-8

Depósito Legal: B. 22801-1994

Printed in Spain

Libergraf, S.L, Constitució, 19, 08014 B a r c e l o n a

Siempre me siento atraído por los lugares en donde he vivido, por las casas y los barrios. Por ejemplo, hay un edificio de roja piedra arenisca en la zona de las Setenta Este donde, durante los primeros años de la guerra, tuve mi primer apartamento neoyorquino. Era una sola habitación atestada de muebles de trastero, un sofá y unas obesas butacas tapizadas de ese especial y rasposo terciopelo rojo que solemos asociar a los trenes en día caluroso. Tenía las paredes estucadas, de un color tirando a esputo de tabaco mascado. Por todas partes, incluso en el baño, había grabados de ruinas romanas que el tiempo había salpicado de pardas manchas. La única ventana daba a la escalera de incendios. A pesar de estos inconvenientes, me embargaba una tremenda alegría cada vez que notaba en el bolsillo la llave de este apartamento; por muy sombrío que fuese, era, de todos modos, mi casa, mía y de nadie más, y la primera, y tenía allí mis libros, y botes llenos de lápices por afilar, todo cuanto necesitaba, o eso me parecía, para convertirme en el escritor que quería ser.

Jamás se me ocurrió, en aquellos tiempos, escribir sobre Holly Golightly, y probablemente tampoco se me hubiese ocurrido ahora de no haber sido por la conversación que tuve con Joe Bell, que reavivó de nuevo todos los recuerdos que guardaba de ella.

Holly Golightly era una de las inquilinas del viejo edificio de piedra arenisca; ocupaba el apartamento que estaba debajo ni televisor. Dos viejos espejos reflejan el tiempo que hace en del mío. Por lo que se refiere a Joe Bell, tenía un bar en la calle; y detrás de la barra, en un nicho rodeado de fotos de esquina de Lexington Avenue; todavía lo tiene. Holly y yo baestrellas del hockey sobre hielo, siempre hay un gran jarrón jábamos allí seis o siete veces al día, aunque no para tomar de flores frescas que el propio Joe Bell arregla con maternal una copa, o no siempre, sino para llamar por teléfono: durancuidado. Eso es lo que estaba haciendo cuando entré.

te la guerra era muy difícil conseguir que te lo instalaran. Ade-Desde luego -dijo, hundiendo un gladiolo en el jarrón-, más, Joe Bell tomaba los recados mejor que nadie, cosa que desde luego que no te hubiese hecho venir si no fuera porque en el caso de Holly Golightly era un favor importante, porque quería oír tu opinión. Es muy raro. Ha pasado una cosa rarísima recibía muchísimos.

m a .

Todo esto pasó, naturalmente, hace un montón de tiem-

- ¿ H a s tenido noticias de Holly?

po, y, hasta la semana pasada, hacía años que no veía a Joe Palpó una hoja, como si no estuviera seguro de cómo con-Bell. Alguna que otra vez nos habíamos puesto en contacto, y testarme. Es un hombre bajito con una magnífica melena de en ocasiones me había dejado caer por su bar cuando pasaba áspero pelo blanco, y una cara huesuda y en declive que le por el barrio; pero nunca habíamos sido en realidad grandes sentaría mejor a una persona más alta; su tez suele estar siem-amigos, excepto en el sentido de que ambos éramos amigos de pre bronceada: en aquel momento se le enrojeció.

Holly Golightly. Joe Bell no tiene un carácter precisamente afa-

- No puedo decir exactamente que haya tenido noticias de ella, tal como él mismo reconoce, aunque dice que es por culpa de su soltería y de las malas pasadas que le gasta su estómago. En fin, no estoy seguro. Por eso quiero tu opinión. Espe- de su soltería y de las malas pasadas que le gasta su estómago. ra, te prepararé un cóctel. Es nuevo. Lo llaman White Angel Todos los que le conocen bien saben que no es fácil conver- -dijo, mezclando la mitad de vodka con la mitad de ginebra, sar con él. Y que resulta hasta imposible si no tienes sus mis- sin vermut.

mas obsesiones, entre las cuales se cuenta Holly. De las otras Mientras yo me bebía el resultado, Joe Bell estuvo chupan- mencionaré el hockey sobre hielo, los perros de raza Weima- do una pastilla para el estómago y dándole vueltas a lo que raner, *Our Gal Sunday* (un serial radiofónico de baja estofa que tenía que decirme.

lleva oyendo desde hace quince años), y Gilbert y Sullivan:

- ¿Te acuerdas - dijo por fin, de un tal Mr. I. Y. Yunio- afirma estar emparentado con uno de los dos, no recuerdo cuál. shi, aquel señor del Japón?

De modo que cuando, el pasado martes por la tarde, sonó

- De California -dijo, recordando perfectamente a Mr. Yu- el teléfono y oí «Soy Joe Bell», supe que tenía que ser por nioshi. Es fotógrafo de una revista ilustrada, y cuando le co- algo referente a Holly. No lo dijo, sólo:

no, y que aquí no nos interesa, un simple montón de chozas

-¿Puedes venir a toda mecha? Es importante.

arenisca.

Y su voz afónica temblaba de excitación.

- No trates de liarne. Sólo te pregunto si sabes a quién me

Tomé un taxi bajo un chaparrón otoñal, y por el camino refiero. Bien. Pues ayer noche se presenta aquí ni más ni menos llegué incluso a pensar que quizá Holly hubiera regresado, que que el mismísimo Mr. I. Y. Yunioshi. No le había visto, bueno, quizá volvería a verla.

desde hace más de dos años. ¿Y dónde dirías que ha estado

Pero en el local no había nadie más que el dueño. El bar durante estos dos años?

de Joe Bell es un sitio tranquilo en comparación con la mayor

- En África.

parte de los que hay en Lexington Avenue. No ostenta neones

Joe Bell dejó de machacar su pastilla, entrecerró los ojos:

10

11

- ¿Y cómo lo sabes?

no, y que aquí no nos interesa, un simple montón de chozas

- Lo ha contado Winchell. 1

de barro con monos en la puerta y buitres en el techo. Cuando Y así era, de hecho.

ya había decidido seguir su camino, Mr. Yunioshi se fijó de re-

Abrió, con acompañamiento de un tintineo, la registrado- pente en un negro sentado en cuclillas junto a su choza. Estaba ra, y sacó un sobre de papel manila.

tallando monos en un bastón. A Mr. Yunioshi le llamó la aten-

- Mu y bien, pues a ver si Winchell también ha contado ción su trabajo, y le rogó que le permitiera ver otras muestras.

esto.

Tras lo cual le enseñaron la talla de la cabeza de una joven: y En el sobre había tres fotos más o menos iguales, pero tuvo la sensación, o así al menos me lo contó Joe Bell, de estar miradas desde distintos ángulos: un negro alto y delicado, con sumergiéndose en un sueño. Pero cuando dijo que quería comprarla de calicó y una sonrisa tímida pero vanidosa, mostraba prarla, el negro se cogió las partes con la mano (un ademán al en sus manos una extraña escultura de madera, una talla al parecer amable, algo así como llevarse la palma al corazón) y gada que representaba una cabeza, la de una chica de pelo liso se negó a vender. Ni un medio kilo de sal más diez dólares, ni y tan corto como el de un hombre, con sus lustrosos ojos de tampoco un reloj de pulsera más un kilo de sal más veinte dólares, madera desproporcionadamente grandes y sesgados en el ahures, bastaron para convencerle. Mr. Yunioshi estaba decidido a sado rostro, y los labios gruesos, excesivamente marcados, casi averiguar de la forma que fuese cómo había llegado a realizar como los de un payaso. A primera vista parecía una talla muy aquella talla. Y le costó su sal y su reloj, pero al final le contó primitiva; pero luego no, porque aquello era la viva imagen ron la anécdota en una mezcla de africano, afroinglés y señas. de Holly Golightly, todo lo parecido a ella que podía esperar. Le pareció entender que la anterior primavera había aparecido se de aquel objeto negro y quieto.

de entre la maleza un grupo de tres blancos montados a caballo. - ¿Qué me dices de esto? - dijo Joe Bell, satisfecho de verlo. Una joven y dos hombres. Los hombres, con los ojos enro-

sorprendidos por la fiebre, se vieron obligados a permanecer varios días temblando en una choza aislada, mientras que la joven,

-Mira, chico - y descargó una palmada sobre la barra-, es que se encaprichó del escultor, compartió su jergón con él. ella. Como que me llamo Joe. Ese enano japonés supo que lo - Estaba parte de la historia no me la creo - dijo el mojigato era en cuanto la vio.

Joe Bell. Sé que Holly era como era, pero no creo que pudiera llegar ni de lejos a una cosa así.

-Bueno. Sólo esta estatua. Pero es lo mismo. Lee tú mismo - ¿Y luego?

lo que dice aquí - dijo -, dándole la vuelta a una de las fotografías. -Luego, nada - se encogió de hombros-. Al cabo de un tiempo se fue tal como había llegado, montada a lomos de un East Anglia, Navidad, 1956. caballo.

- Esto es lo que dice el nipón - dijo Joe, y la historia era la -¿Sola, o con los dos hombres?

siguiente: el día de Navidad, Mr. Yunioshi pasó con su cámara - Supongo que con los dos hombres -parpadeó Joe Bell-. por Tococul, una aldea perdida en el laberinto del quinto infierno. Pues bien, el nipón estuvo preguntando por ella a lo largo y ancho de todo el país. Pero nadie más la había visto. -Luego

1. Alusión a la columna del periodista Walter Winchell (1897-1972), a la  
ocurrió como si Joe notara que se le filtraba mi propia decep-  
que estaban abonados numerosos periódicos de la mayor parte de los Estados  
ción, y no quisiera contagiarse-. Tendrás que admitir al menos  
de EE.UU. (N. del T.)

12

13

una cosa: es la primera noticia *concreta* que nos llega desde hace  
var esos pensamientos a la práctica, quizá por que se te que-  
no sé cuántos - c o n t ó con los dedos, pero no le b a s t a r o n -  
da todo encerrado en la cabeza y se te convierte en una carga.  
años. Espero al menos que se haya hecho rica. Tiene que serio.  
Pero - s e sirvió una medida de whisky y se la bebió de un  
Hay que ser rico para andar perdiendo el tiempo por Africa.  
t r a g o - jamás haré nada deshonoroso. Y te juro que jamás me  
-Probablemente jamás haya pisado Africa -dije, muy con-  
cruzó siquiera la imaginación la idea de hacerle algo a Holly.  
vencido; y, sin embargo, podía imaginármela allí, era un sitio  
Se puede querer a una persona sin que pasen esas cosas. Se  
al que podía haber ido. Y la cabeza tallada: volví a mirar las  
puede tratar a esa persona como a una desconocida, una des-  
fotos.

conocida que es tu amiga.

- Y a que tanto sabes, ¿dónde está?

Entraron dos hombres en el bar, y pareció el m o m e n t o

- H a b r á muerto. O estará en un manicomio. O se habrá  
oportuno para irse. Joe Bell me siguió hasta la puerta. Volvió  
casado.

a atráparme por la muñeca.

Joe reflexionó un momento.

- ¿ L o crees?

- N o - d i j o , sacudiendo negativamente la cabeza-. Y te diré

- ¿ Q u e jamás quisiste ni tocarla?

por qué. Si estuviera aquí, yo la habría visto. Si una persona a

- N o , me refiero a lo de Africa.

la que le gusta caminar; una persona como yo, alguien que

En aquel momento era como si no pudiese recordar la anéc-  
lleva diez o doce años caminando por estas calles, y que du-  
dota, sólo la imagen de Holly alejándose, a caballo.

rante todos estos años ha estado buscándola, no la ha visto ni

- D e todos modos, ha desaparecido.

una sola vez, ¿no es para pensar que no está aquí? Veo partes

- S í - d i j o él, abriendo la puerta-. Ha desaparecido.

de ella constantemente, un culito plano, una chica flaca que

Afuera había dejado de llover, n o quedaba más que un resto  
anda tiesa y a buen paso... - H i z o una pausa, como si le azo-

de niebla en el aire, de modo que volví la esquina y anduve  
tase la fijeza con que le estaba m i r a n d o - . ¿Crees que estoy  
por la calle en donde se encuentra el edificio de piedra arenisca.  
majara?

Es una calle con árboles que durante el verano forman frescos

- S ó l o que no me había enterado de que estuvieses enamo-  
dibujos en la acera; pero las hojas estaban ahora amarilleadas,  
rado de ella. Hasta ese punto.

habían caído en su mayor parte, y la lluvia las había dejado

Lamenté haberlo dicho; le desconcertó. Recogió las fotos resbaladizas, patinaban bajo mis suelas. La casa está a mitad y volvió a meterlas en el sobre. Miré la hora en mi reloj. No de la manzana, junto a una iglesia en cuya torre azulada da tenía que ir a ningún lado, pero me pareció que lo mejor sería las horas el reloj. La casa ha sido remozada después de que yo largarme.

me fuera; una elegante puerta negra reemplaza el viejo cristal - E s p e r a - d i j o , agarrándome de la m u ñ e c a - . La quería, deslustrado, y unas bonitas contraventanas grises enmarcan las claro. Pero nunca se me ocurrió t o c a r l a . - Y , sin sonreír, añaventanas. Ahora no vive allí ningún vecino del que yo guarde aldió-. Tampoco creas que no pienso en esas cosas. Incluso a gún recuerdo, con la sola excepción de Madame Sapphia Spanemi edad, y el diez de enero cumpliré los sesenta y siete. Es lla, una ronca soprano que cada tarde se iba a patinar a Central curioso, pero, cuanto más viejo me hago, más pienso en esas Park. Sé que sigue viviendo allí porque subí los peldaños y cosas. No recuerdo haber pensado tanto en ellas cuando era miré los buzones. Fue uno de estos buzones lo primero que me joven, y ahora en cambio me ocurre a cada momento. Quizá condujo a enterarme de la existencia de Holly Golightly. sea porque cuanto más viejo te haces, menos fácil es lle-

14

15

Llevaba más o menos una semana viviendo en esa casa rosa, casi de verano, y Holly llevaba un fresco vestido negro, cuando me fijé en la curiosa tarjeta colocada en el buzón del sandalias negras, collar de perlas. Pese a su distinguida delgapartamento 2. Las letras impresas, tan elegantes como si dez, tenía un aspecto casi tan saludable como un anuncio de fuese una tarjeta de Cartier, decían: *Miss Holiday Golightly*, y cereales para el desayuno, una pulcritud de jabón al limón, una debajo, en una esquina, *Viajera*. Sonaba tan fastidioso como pueblerina intensificación del rosa en las mejillas. Tenía la boca una canción. *Miss Holiday Golightly*, *Viajera*.

grande, la nariz respingosa. Unas gafas oscuras le ocultaban Una noche, bastante más tarde de las doce, me despertó la los ojos. Era una cara que ya había dejado atrás la infancia, voz de Mr. Yunioshi, que gritaba por el hueco de la escalera. pero que aún no era de mujer. Pensé que podía tener entre Como él vivía en el último piso, su voz bajaba por toda la dieciséis y treinta años; resultó finalmente que le faltaban dos casa, exasperada y severa.

tímidos meses para cumplir los diecinueve.

-¡Miss Golightly! ¡Tengo que presentarle mis quejas!

No estaba sola. Un hombre la seguía. El modo en que su

La voz que regresó, emergiendo desde el fondo de la esca-rolliza mano le rodeaba la cadera parecía en cierto modo in- lera, era juvenil y guasona.

decoroso; no moral, sino estéticamente. Era bajo y ancho, de

- ¡ A y , chico, no sabe *cuánto* lo siento! He vuelto a perder pelo brillantado y moreno artificial, un tipo encorsetado por la maldita llave.

su traje a rayas, y con un marchito clavel rojo en el ojal. Cuan-

- No debe seguir llamando a mi timbre. Por favor, se lo llegaron a la puerta ella se puso a revolver el bolso en busca pido por favor, encargue una llave nueva.

de la llave, y ni se dio por enterada de que los gruesos labios de - Es que las pierdo todas.

aquel tipo le estaban hociqueando la nuca. Por fin, sin em-

- Yo trabajo. Tengo que dormir -gritó Mr. Yunioshi-. Y

bargo, tras encontrar la llave y abrir la puerta, Holly se volvió usted siempre está llamando a mi timbre...

cordialmente hacia él:

" - O h , pero no se enfade, buen hombre, que no volveré a

-Gracias, chato... Has sido muy amable acompañándome

hacerlo. Y, si me promete que no se va a enfadar - s u voz se hasta aquí.

iba acercando a medida que subía la escalera-, dejaré que me

- ¡ E h , nena! - d i j o él, porque estaban cerrándole la puerta haga esas fotos de las que hablamos.

en las narices.

En ese momento ya me había levantado de la cama y abier-

- D i m e , Harry.

to la puerta un centímetro. Pude oír el silencio de Mr. Yu-

- H a r r y era el otro. Yo soy Sid. Sid Arbuck. Sé que te

nioshi: oírlo porque estaba acompañado por un audible cam- gusto.

bio de respiración.

- T e adoro, Arbuck. Pero buenas noches, Arbuck.

-¿Cuándo? - d i j o por fin.

Mr. Arbuck se quedó mirando con incredulidad la puerta,

La chica se puso a reír.

que se cerró firmemente.

-Algún día -contestó la chica, arrastrando las palabras.

- E h , nena, déjame entrar, anda. Sé que te gusto. Les gusto

Salí al rellano y me asomé a la barandilla, lo suficiente

a todas. ¿No me he hecho cargo yo de la cuenta, cinco perso- como para ver sin ser visto. Ella seguía subiendo la escalera,

nas, amigos tuyos, gente a la que jamás había visto hasta hoy?

llegó a su piso, y la luz del rellano iluminó la mezcolanza de

¿No me da eso derecho a gustarte? Sé que te gusto, nena.

colores de su pelo cortado a lo chico, con franjas leonadas,

Dio unos golpes suaves a la puerta, y luego otros más fuer-

mechas d e rubio albino y rubio amarillo. Era una noche calu-

tes; al final retrocedió unos cuantos pasos, con el cuerpo en-

16

17

corvado y agachado, como si tuviera intención de cargar con- allí, en una mesa de primera, rodeada de cuatro hombres, nin- tra ella. Pero en lugar de eso se lanzó escaleras abajo, no sin- guno de los cuales era Mr. Arbuck, aunque todos ellos fueran- descargar un puñetazo contra la pared. Justo cuando llegó a la- intercambiables con él, se encontraba Miss Golightly, peinán- planta baja, se abrió la puerta del apartamento de la chica, que- dose de forma ociosa, pública, y su expresión, un bostezo con- asomó la cabeza.

tenido, sirvió, por ejemplo, para asordinar la excitación que

- O h , Arbuck...

me producía cenar en un lugar tan de postín. Otra noche, en

El se volvió, con el rostro lubricado por una sonrisa de

pleno verano, el calor que hacía en mi habitación me hizo

alivio: la chica estaba de guasa, eso era todo.

salir a la calle. Bajé por la Tercera Avenida hasta la calle Cin-

- L a próxima vez que una chica te pida suelto para ir al

cuenta y uno, en donde había un anticuario en cuyo escapara-

tocador -gritó, en absoluto de guasa-, sigue mi consejo, chico:

te destacaba un objeto que yo admiraba: una jaula que era todo

¡ no le des veinte centavos!

un palacio, una auténtica mezquita con minaretes y habitacio-  
nes de bambú que anhelaban la presencia de loros parlanchines.

Holly cumplió lo que le había prometido a Mr. Yunioshi;

Pero costaba trescientos cincuenta dólares. De vuelta a casa

o no volvió a llamar a su timbre, supongo, porque durante los

me fijé en un grupo de taxistas que formaba un corro frente

días siguientes comenzó a llamar al mío, a veces a las dos, o a

al bar de P.J. Clark, aparentemente atraído por un alegre grupo

las tres y las cuatro de la madrugada: no tenía escrúpulos por

de oficiales del ejército australiano que, con ojos achispados de

lo que respecta a la hora en que pudiera sacarme de la cama

whisky, entonaban *Waltzing Matilda* con sus voces de bari-

para que pulsara el botón que abría el portal de la calle. C o m o

tono. Sin dejar de cantar, bailaban por turnos con una chica a

ninguno de mis amigos era de los que se te presentan en casa

la que hacían girar como una peonza por el adoquinado bajo

a esas horas, siempre sabía que era ella. Pero las primeras veces

el paso elevado del metro; y la chica, Miss Golightly, por su-

que llamó todavía me dirigía a la puerta, medio convencido

puesto, flotaba en sus brazos ligera como un pañuelo.

de que había malas noticias, algún telegrama, para mí. Pero

Pero si Miss Golightly no llegó a enterarse de mi existen-

siempre era Miss Golightly, que gritaba desde abajo:

cia, excepto en mi calidad de práctico portero, a lo largo de

- L o siento, chico. Me he olvidado la llave.

aquel verano yo acabé convirtiéndome en toda una autoridad

Naturalmente, no llegamos a trabar relación. Aunque de

sobre la suya. Descubrí, o b s e r v a n d o la papelera que dejaba

hecho nos cruzábamos con frecuencia en la escalera o en la

junto a su puerta, que sus lecturas normales eran la prensa po-

calle; sin embargo, ella hacía como si no me viese. Nunca se

pular, los folletos de viajes y las cartas astrales; que fuma-

quitaba las gafas de sol, iba siempre muy bien vestida, con un

ba unos pitillos esotéricos de la marca Picayune; que sobre-

buen gusto casi pomposo pese a la sencillez de su ropa, de los

vivía a base de requesón y tostaditas; que su cabello multicolor

azules y los grises escasamente llamativos que hacían que fuese

no era obra de la naturaleza. La misma fuente de información

ella, su persona, la que brillaba. Hubiera podido deducirse que

me permitió saber que recibía montones de cartas del frente.

era modelo de fotógrafo, o una actriz principiante, aunque,

Siempre estaban rotas a tiras alargadas, como registros. A veces

por sus horarios, era obvio que no tenía tiempo para dedicar-



me llevaba uno de esos registros para utilizarlo en mis lectu-  
se a ninguna de las dos cosas.

ras. *Recuerdo y te echo de menos y llueve y escribe, por favor, y*

De vez en cuando la veía lejos de nuestro barrio. En una  
*maldita y condenada* eran las palabras que más a menudo se  
ocasión, un pariente que vino a visitarme me invitó al «21», y  
repetían en esas tiras de papel; éstas, y *soledad y te quiero*.

18

19

Además, tenía un gato y tocaba la guitarra. Los días de  
el *vino*, ¡Santo Dios, qué animal! No hay nada en el mundo  
mucho sol se lavaba el pelo y, junto con el gato, un rojizo  
que deteste tanto como los hombres que te dan mordiscos.  
macho atigrado, se sentaba en la escalera de incendios y rasga-  
- Se abrió un poco el albornoz gris para mostrarme las prue-  
ba la guitarra mientras se le secaba el pelo. Cada vez que oía  
bas de lo que ocurre cuando un hombre da un mordisco. No  
la música, yo me acercaba silenciosamente a la ventana. Toca-  
llevaba más que el albornoz-. Siento haberte pegado un susto.  
ba muy bien, y a veces también cantaba. Cantaba con el acen-  
Pero cuando ese animal se ha puesto imposible, he salido por  
to afónico y quebrado de un muchacho. Se sabía todas las can-  
la ventana. Me parece que cree que estoy en el baño, y me  
ciones de los musicales de éxito, de Cole Porter y Kurt Weill;  
importa un cuerno lo que piense, que se vaya al infierno, se  
le gustaban sobre todo las canciones de *Oklahoma!*, recién es-  
cansará, se dormirá, Dios mío, tiene que dormirse, se ha to-  
trenada aquel verano. Pero en algunos momentos tocaba me-  
mado ocho martinis antes de cenar y suficiente vino como  
lodías que hacían que me preguntase de dónde podía haberlas  
para que se bañe un elefante. Oye, si quieres echarme, me  
sacado, de dónde podía haber salido aquella chica. Canciones  
echas. Ya sé que es mucha jeta eso de entrometerme aquí de  
nómadas, agridulces, con letras que sabían a pinar o pradera.  
esta forma. Pero ahí afuera hace un frío que pela. Y parecía  
Una de ellas decía: *No quiero dormir, no quiero morir, sólo quie-*  
que aquí se estuviera tan bien. Me has recordado a mi herma-  
*ro seguir viajando por los prados del cielo*; y parecía que ésta fuese  
no Fred. Dormíamos cuatro en la misma cama, y él era el único  
la que más la complacía, pues a menudo seguía cantándola  
que me dejaba abrazarle las noches más frías. Por cierto, ¿te  
mucho después de que se le hubiera secado el pelo, cuando  
importa que te llame Fred?

el sol ya se había puesto y se veían ventanas iluminadas en el  
Ya se había colado del todo en la habitación, y se detuvo  
anochece.

un momento para mirarme. Era la primera vez que la veía sin  
Pero nuestra relación personal no empezó hasta septiem-  
las gafas de sol, y en ese momento resultaba obvio que eran,  
bre, una noche atravesada por los primeros y fríos estremeci-  
además, gafas de aumento, porque sin ellas sus ojos me escru-  
mientos del otoño. Yo había ido al cine, regresado a casa, y  
taban bizqueando, como los de un joyero. Eran unos ojos gran-  
estaba acostado con un bourbon y el último Simenon: lo cual  
des, un poco azules, otro poco verdes, salpicados de motas par-

constituía hasta tal punto mi ideal de comodidad que no con-  
das: multicolores, como su pelo; y, como su pelo, proyectaban  
seguí entender cierta sensación de inquietud que fue creciendo  
una luminosidad cálida y viva.

poco a poco, tanto que llegué a oír mis propios latidos. Era  
- S u p o n g o que estarás pensando que soy una descarada. O  
una sensación acerca de la cual había leído y hasta escrito, pero  
*très fou*, o yo qué sé.

que jamás había experimentado. La sensación de estar siendo  
- E n absoluto.

vigilado. De una presencia invisible. Luego: un repentino gol-  
Pareció decepcionada.

peteo en la ventana, el vislumbre de un gris fantasmal: derra-  
-Desde luego que sí. Como todo el mundo. Me da igual.  
mé el bourbon. Transcurrieron unos momentos antes de que  
Es muy práctico.

tuviera arrestos para abrir la ventana, y preguntarle a Miss Go-  
Se sentó en uno de los desvencijados sillones de terciopelo  
lightly qué quería.

rojo, dobló las piernas debajo de ella, e inspeccionó el resto  
- T e n g o abajo a un hombre horripilante -dijo, saltando de  
de la habitación, haciendo visajes incluso más pronunciados  
la escalera de incendios al interior de la habitación-. Bueno,  
con los ojos.

cuando no está bebido es encantador; pero tan pronto prueba  
- ¿ C ó m o lo soportas? Parece la cámara de los horrores.

20

21

- U n o se acostumbra a t o d o - d i j e , molesto c o n m i g o  
creciera tanto. T o d o el m u n d o pensaba que era una chifladura  
mismo, pues, en realidad, estaba orgulloso de mi casa.

eso de atiborrarse de mantequilla de cacahuete; las únicas cosas

- Y o no. Jamás me acostumbraré a nada. Acostumbrarse es  
que le gustaban eran los caballos y la mantequilla de cacahue-  
c o m o estar muerto. - S u s ojos censuradores volvieron a ins-  
te. Pero no estaba chiflado, sólo que era tierno y despistado y  
peccionar la habitación-. ¿Y qué *haces* metido aquí todo el día?  
m u y lento; cuando me fui estaba repitiendo octavo por terce-  
Señalé una mesa con altos montones de libros y papeles.

ra vez. Pobre Fred. Me gustaría saber si el ejército escatima la  
-Escribo.

mantequilla de cacahuete. Lo cual me recuerda una cosa: estoy

- Y o creía que los escritores eran m u y viejos. Aunque, claro,  
muriéndome de hambre.

Saroyan no es viejo. Le conocí en una fiesta, y en realidad no  
Señalé una fuente con manzanas, y al mismo tiempo le pre-  
es nada viejo. De hecho - m u r m u r ó - , si se apurase más el afei-  
gunté los motivos por los que se había ido tan joven de su  
tado... Por cierto, ¿Y Hemingway, es viejo?

casa. Me dirigió una mirada inexpresiva, y se frotó la nariz,

- Y o diría que anda por los cuarenta y tantos.

como si le picara: un ademán que, viéndolo luego repetido mu-

- N o está mal. Para que un h o m b r e me excite tiene que  
chas veces, acabé por interpretar c o m o señal de que alguien  
haber cumplido los cuarenta y dos. Una amiga mía que es una

empezaba a meterse en donde no le llamaban. Como les ocu-  
diota anda siempre diciéndome que tendría que ir a un co-  
rre a muchas personas que demuestran una osada afición a pro-  
mecocos; dice que tengo complejo paterno. Lo cual me parece  
porcionarte informaciones que no les has solicitado, se ponía  
una *merde*. Lo único que pasa es que yo misma me predispuse  
en guardia ante cualquier cosa que se pareciese remotamente a  
a que me gustaran los hombres maduros, y ésa fue la decisión  
una pregunta directa, a un intento de hacerle precisar cual-  
más inteligente de mi vida. ¿Cuántos años tiene W. Somerset  
quier detalle. Le dio un mordisco a una manzana, y me dijo:  
Maugham?

- Dime algo que hayas escrito. Cuéntame el argumento.

- No estoy seguro. Sesenta y pico.

- Ese es uno de los problemas. No son historias que se pue-

- No está mal. Nunca me he acostado con un escritor. Aun-  
dan contar de viva voz.

que, espera, ¿conoces a Benny Shacklett? - Al verme decir que

- ¿Por qué guarras?

no con la cabeza, puso un gesto c e ñ u d o - . Qué raro. Ha escrito

- Quizá algún día te pase un relato para que lo leas.

montones de cosas para la radio. Pero *quel* rata. Dime, ¿eres

- El whisky y las manzanas casan muy bien. Prepárame un  
un verdadero escritor?

trago, y luego puedes leerme tú mismo una historia.

- Dependiendo de lo que entiendas por verdadero.

Son muy pocos los autores, especialmente entre los inéditos,

- Pues mira, ¿hay alguien que *compre* lo que escribes?

tos, capaces de resistirse a la invitación de leer su obra en voz

- Todavía no.

alta. Preparé una copa para cada uno y, sentándome en el otro

- Yo te ayudaré - dijo - . Puedo hacerlo, no creas. Imagina

sillón, comencé a leer, con la voz algo temblorosa debido a

cuantísima gente conozco que conoce a otra gente. Te ayuda-

ré porque eres como mi hermano Fred. Un poco más bajo,

nuevo, terminado el día anterior, y aún no había transcurrido

solamente. No he vuelto a verle desde que yo tenía catorce

el tiempo suficiente para que surgiese la inevitable sensación

años, que es cuando me fui de casa, y entonces ya medía más

de fracaso. Trataba de dos mujeres, maestras, que compar-

de metro ochenta. Mis otros hermanos eran más de tu talla,

ten una casa, y una de ellas, cuando la otra se promete en

enanos. Fue la mantequilla de cacahuete lo que hizo que Fred

matrimonio, provoca por medio de notas anónimas un escán-

22

23

dalo que acabará impidiendo que se celebre la boda. Mientras

dos veces. Las tortilleras sólo suelen casarse una vez, por la re-

iba leyendo, cada vez que miraba de reojo a Holly se me en-

putación. Luego da mucho cachet que te llamen señora de tal o

de cual. ¡No puede ser verdad! - Mira a fijamente el despertar-

cogía el corazón. Estaba como azogada. Cogía de una en una

las colillas del cenicero, se observaba abstraída las uñas, como

dor de la mesilla de noche-, ¡No pueden ser las cuatro y media!

si lamentara no tener una lima a mano; y, lo que es peor, cuando la ventana comenzaba a virar al azul. La brisa del amanecer me parecía haber atrapado su interés, sus ojos estaban velados agitaba las cortinas.

dos por una capa de escarcha, como si en realidad estuviera

- ¿ Q u é día es hoy?

preguntándose si comprar o no los zapatos que había visto en -Jueves.

-Jueves. - S e levantó-. Dios mío -dijo, y volvió a sentarse algún escaparate.

se, gimiendo-. Es espantoso.

- ¿ E s t o es el *final*? - m e preguntó, despertando. Trató vanamente de encontrar algo más que decir-. Las tortilleras me Yo me encontraba lo suficientemente cansado como para caen bien, claro. No me asustan en lo más mínimo. Pero los no sentir curiosidad. Me tendí en la cama y cerré los ojos. cuentos de tortilleras me matan de aburrimiento. Soy incapaz Pero era irresistible:

de meterme en su piel. Bueno, chico - d i j o , porque yo estaba

- ¿ Q u é tiene de espantoso que sea jueves?

verdaderamente desconcertado-, si no trata de un par de bo- - N a d a . Sólo que nunca consigo acordarme de que ya está lleras, ya me explicarás de qué diablos va.

cerca. Verás, los jueves tengo que tomar el de las ocho cuarenta Pero yo no estaba de h u m o r para complicar la equivocata y cinco. Son quisquillosísimos con lo de las horas de visita, ción que suponía el haberle leído el cuento con el no menos y si te plantas allí alrededor de las diez, te queda sólo una embarazoso intento de explicárselo. La misma vanidad que me hora hasta que mandan a comer a esos pobres. Imagínatelo, había conducido a exponerme de aquel modo, me obligó en comen a las once. También puedes ir a las dos, y yo lo prefere se m o m e n t o a tacharla de petulante ser insensible, por comiría, pero a él le gusta que vaya por la mañana, dice que así aguanta mejor el resto del día. Tendré que mantenerme despleto desprovisto de inteligencia.

- P o r cierto - d i j o - , ¿no *conoces* por casualidad alguna lesbiana - d i j o , pellizcándose las mejillas hasta hacer que floreciese que sea buena chica? Estoy buscando una compañera de ciesen las rosas-, no tengo tiempo de dormir, se me pondría apartamento. Oye, no te rías. Soy desorganizada, y no me cara de tuberculosa, me desmoronaría como un edificio viejo, llega para una asistente; y, la verdad, las tortilleras son unas y no sería justo. No está bien que una chica vaya a Sing Sing amas de casa fantásticas, les encanta encargarse de todo, no con la cara verde.

tienes que preocuparte jamás por las escobas ni por descongelar - S u p o n g o que no.

lar la nevera o mandar la ropa a la lavandería. C o m o aquella La furia que sentía contra ella por lo de mi cuento compañera de habitación que tuve en Hollywood, hacía weszaba a menguar; volvía a imantarme.

terns, la llamaban la Llanero Solitario; es mucho mejor que

- T o d a s las visitas hacen lo posible por tener un buen as- tener a un hombre en casa. Claro, la gente pensaba que yo

pecto, y es muy emocionante, precioso, ver a las mujeres que también debía de ser un poco tortillera. Y lo soy, claro. Todo se ponen lo mejor que tienen, quiero decir que incluso las viejas y las que son muy pobres también hacen todo cuanto está do para atrás por eso hasta ahora; hasta parece que les exci- en su mano por ir bien vestidas y oler bien, y están adora- ta. La misma Llanero Solitario, sin ir más lejos, estuvo casada bles. También me encantan los críos, sobre todo los negros.

24

25

Me refiero a los que llevan las esposas. Puede parecer triste meses, le adoro, y creo que iría aunque no me pagase. Esta es eso de ver a unos niños en un lugar así, pero no lo es, llevan muy harinosa - d i j o , y disparó el resto de la manzana por la cintas en el pelo y los zapatos relucientes de betún, casi pare- ventana-. Por cierto, sí conocía a Sally de vista. Venía al bar ce que vayan a celebrar algo: y a veces el locutorio parece pre- de Joe Bell, ese que está a la vuelta de la esquina: no hablaba cisamente eso, una fiesta. En fin, que no es como en las peli- nunca con nadie, se quedaba en pie, junto a la barra, como uno culas, nada de sombríos murmullos a través de una reja. No de esos hombres que viven en hoteles. Pero me hace gracia re- hay rejas, sólo un mostrador que te separa de ellos, y dejan cordarlo, pensar en cómo se fijaba en mí, porque tan pronto que las mujeres suban a los críos encima, para que ellos pue- como le encerraron (Joe Bell me enseñó su foto en el periódico. dan darles un abrazo. Si quieres besar a alguien, basta con in- La Mano Negra. La Mafia. Todo ese jaleo: pero le echaron cin- clinarte hacia adelante. Lo que más me gusta es lo felices que co años) llegó el telegrama del abogado. Decía que me pusiera son cuando vuelven a verse, tienen tantísimas cosas guardadas inmediatamente en contacto con él para proporcionarme una de las que hablar, no hay modo de aburrirse, se pasan el rato información que iba a resultarme muy provechosa.

riendo y cogiéndose de las manos. Después es diferente - d i j o - . -¿Pensaste que alguien te había dejado una herencia de un Las veo en el tren. Se quedan sentadas, en silencio, viendo millón?

pasar el río. - S e estiró un mechón de pelo hasta metérselo en - Q u é va. Creí que algún acreedor quería cobrar a la fuer- la boca, y empezó a mordisquearlo meditativamente-. No te za. Pero acepté el riesgo y fui a ver a ese abogado (suponiendo dejo dormir. Anda, duérmete.

que sea abogado, cosa que dudo, pues no parece tener bufete, -Sigue, me interesa.

sólo un servicio de contestador automático, y siempre me cita - Y a lo sé. Por eso quiero que te duermas. Porque si sigo en el Hamburg Heaven: por eso está tan gordo, es capaz de hablando te contaré lo de Sally. Y no estoy segura de que eso comerse diez hamburguesas y dos platos de entremeses y un sea juego limpio. -Masticó silenciosamente su p e l o - . Nunca pastel de limón entero). Me preguntó si me gustaría alegrarle me *han dicho* que no se lo cuente a nadie. No lo han dicho la vida a un viejo solitario, y al mismo tiempo ganarme cien

explícitamente. Y es muy gracioso. Quizá tú podrías captarlo dólares a la semana. Yo le dije mire, guapo, se ha confundido en un cuento, cambiando los nombres y todo lo demás. Oye, usted de Miss Golightly, no soy una enfermera de las que Fred - d i j o , mientras cogía otra manzana-, tienes que hacer la hacen servicio completo, con numeritos y todo. Tampoco me señal de la cruz sobre el corazón, y besarte el codo... impresionaron los honorarios; se puede ganar lo mismo ha- Es posible que los contorsionistas alcancen a besarse el cuando expediciones al tocador: todo caballero que sea un poco codo; tuvo que conformarse con una aproximación. chic te da cincuenta dólares para ir al lavabo, y siempre pido - P u e s bien - d i j o , con la boca llena de manzana-, quizá además para el taxi, que son otros cincuenta. Pero entonces hayas leído algo sobre él en la prensa. Se llama Sally Tomato, me dijo que su cliente era Sally Tomato. Dijo que su viejo y habla un inglés peor que mi yiddish; pero es un viejecito amigo Sally me había admirado *à la distance* desde hacía mucho encantador, muy religioso. Parecería un fraile si no tuviera los tiempo, y que si no sería una buena obra ir a visitarle una vez dientes de oro; dice que reza cada noche por mí. Jamás ha a la semana. En fin, que no podía decir que no. Era super- sido amante mío, desde luego; por lo que se refiere a eso, le romántico.

conocí cuando él ya estaba en la cárcel. Pero ahora, con todo - N o sé qué decir. Suena poco limpio. lo que me está costando ir a verle cada jueves desde hace siete -¿Crees que miento? -sonrió.

26

27

- E n primer lugar, no permiten que cualquier persona vaya Su mejilla se apoyó sobre mi hombro, un peso cálido y a visitar a un preso. húmedo.

-Cierto, no lo permiten. En realidad, han organizado no

- ¿ P o r qué lloras?

sé qué enredo para hacerme pasar por su sobrina.

Se enderezó disparada como un muelle; se quedó sentada.

-¿Así de sencillo? ¿Te da cien dólares por charlar una hora

- P o r Dios -dijo, yéndose hacia la ventana para salir a la con él?

escalera de incendios-, si hay una cosa que detesto en el

- N o me los da él. Me los da su abogado. Mr. O'Shaugh- mundo son los fisgones.

nessy me pone un giro en metálico en cuanto le paso la infor- mación meteorológica.

Al día siguiente, viernes, me encontré al llegar a casa con

- C r e o que puedes meterte en un lío de cuidado -dije, y que me esperaba en la puerta una enorme cesta de luxe de apagué la lamparita; ya no la necesitábamos, el amanecer se Charles & Co, con su tarjeta: Miss Holiday Golightly, Viajera; colaba en la habitación, y las palomas hacían gárgaras en la y detrás, garabateadas con una letra monstruosamente torpe, escalera de incendios.

de niña de jardín de infancia: *Bendito seas, querido Fred. Olvida-*

- ¿De qué modo? - dijo ella muy en serio.

*te por favor de la otra noche. Te portaste como un ángel.* Mille

- Seguro que los libros de leyes tienen algo que decir sobre Tendresses, *Holly P. S. No volveré a molestarte.* Contesté: *Hazlo,* los suplantadores de personalidad. Al fin y al cabo, *no eres su por favor;* y dejé esta nota en su puerta con lo máximo que sobrina. ¿Y qué es eso del informe meteorológico? podía permitirme, un ramo de violetas de florista callejera. Pero Sofocó un bostezo con la palma de la mano.

Holly parecía haber hablado en serio; no volví a verla ni a oír - Pero si no tiene importancia. Sólo son recados que tengo nada de ella, y supuse que había llegado al extremo de conse- que dejar en el contestador automático, para que Mr. O'Shaugh- guir una llave del portal. Fuera como fuese, dejó de llamar a nesy compruebe que he ido. Sally me dice lo que tengo que mi timbre. Lo eché de menos; y a medida que los días fueron decir, cosas como, no sé, «hay un huracán en Cuba», o «nieva disolviéndose comencé a sentir por ella cierto desproporcio- en Palermo». No te preocupes, chico -dijo, acercándose a la nado resentimiento, como si mi mejor amigo se hubiese olvida- cama-, llevo mucho tiempo cuidando de mí misma.

do de mí. Una inquietante soledad se filtró en mi vida, pero La luz del amanecer parecía refractarse a través de ella: cuan- no me produjo ningún deseo de buscar a mis amigos más ando me subía las mantas hasta la barbilla, brillaba como una tiguos, que ahora me parecían una dieta sin sal ni azúcar. Cuan- criatura transparente; después se tendió a mi lado.

do llegó el miércoles, el pensar en Holly, en Sing Sing y Sally - ¿Te importa? Sólo quiero descansar un momento. No di- Tomato, en mundos en los que los hombres sacaban con dos gamos nada más. Duérmete.

dedos un billete de cincuenta dólares para el tocador, resulta- Fingí hacerlo, respiré pesada y regularmente. Las campanas ba ya tan obsesivo que no pude trabajar. Por la noche dejé un de la vecina torre de iglesia dieron la media y la hora. Eran las recado en su buzón: *Mañana es jueves.* La siguiente mañana seis cuando apoyó su mano en mi brazo, un tacto frágil que me premió con una nueva nota escrita con su juguetona letra trataba de no despertarme.

infantil: *Bendito seas por recordármelo. ¿Podrías pasarte a tomar - Po bre Fred -susurró, y parecía que estuviese hablando una copa a eso de las seis de la tarde?*

conmigo, pero no era así-. ¿Dónde estás Fred? Porque hace Esperé hasta las seis y diez, y entonces me obligué a retra- frío. Se nota la nieve en el aire.

sarme otros cinco minutos.

28

29

Un bicho raro me abrió la puerta. Olía a habanos y a co-

Descargó una patada en el suelo.

lonia Knize. Sus zapatos eran de doble tacón; sin esos centí-

- Esto es una porquería. Increíble. Pero esa niña no sabe metros añadidos se le hubiera podido confundir con un Ena- vivir, ni cuando tiene pasta. -Hablabla con un sincopado ritmo nito de cuento. Su calva cabeza pecosa era desproporcionada-

metálico, como un teletipo-. Bien - d i j o - , ¿qué opina? ¿Lo es  
mente grande, como la de los enanos; y llevaba pegadas un  
o n o lo es?

-¿qué?

par de orejas puntiagudas, exactamente iguales que las de los  
elfos. Tenía ojos de pequinés, despiadados y ligeramente salto-  
- U n a farsante.

nes. De las orejas, y de la nariz, le brotaban matas de pelo;

- Y o diría que no.

una barba de horas agrisaba sus maxilares, y su apretón de

- S e equivoca. Lo es. Aunque, por otro lado, tiene usted  
mano era casi peludo.

razón. No es una farsante porque es una farsante *auténtica*. Se

- L a niña está en la ducha -dijo, señalando con un puro

cree toda esa mierda en la que cree. No hay modo de conven-

hacia el ruido del agua, en un cuarto contiguo. En la habita-

cerla de lo contrario. Lo he probado de todas las maneras, hasta

ción dónde nos encontrábamos (estábamos en pie porque no

llorando. El mismo Benny Polan, una persona a la que todo

había donde sentarse) parecía como si alguien acabara de mu-

el mundo respeta, Benny Polan lo intentó. Benny estaba em-

darse; casi tenía la sensación de que olía a recién pintado.

peñado en casarse con ella, pero a ella no le apetecía, y Benny

Los únicos muebles eran unas maletas y unas cajas de embala-

debió de gastarse miles de dólares mandándola a diversos co-

je sin abrir. Las cajas servían de mesas. Una de ellas sostenía

mecocos. Y hasta ese tan famoso, el que sólo habla alemán,

los ingredientes para preparar martinis; otra, una lámpara, un

acabó arrojando la toalla. No hay quien la convenza de lo fal-

tocadiscos portátil, el gato rojo de Holly, y un jarrón con rosas

sas que son esas -cerró el puño, como si tratase de estrujar lo

amarillas. La librería, que cubría una pared, proclamaba medio

intangibles- ideas. Pruébelo algún día. Pídale que le explique

estante de literatura. Enseguida me sentí a gusto allí, disfruté

todas esas cosas en las que cree. Aunque - d i j o - esa niña me

de aquel aire de provisionalidad.

gusta. Le gusta a todo el mundo, pero hay mucha gente que no

El tipo carraspeó:

la soporta. A mí me gusta. Esa niña me gusta, de verdad. Porque

- ¿ L e habían citado?

soy una persona sensible. Hay que tener sensibilidad para po-

No acabó de salir de dudas tras mi gesto de asentimiento.

der apreciarla en lo que vale, un ramalazo de poeta. Pero le

Sus ojos fríos me intervinieron quirúrgicamente, hicieron lim-

diré la verdad. Por mucho que se rompa la cabeza tratando de

pías incisiones exploratorias.

ayudarla, ella sólo le devolverá un chasco tras otro. Le daré

-Viene por aquí mucha gentuza, sin tener cita previa. ¿Hace

un ejemplo: viéndola hoy, ¿quién diría que es? Pues ni más ni

mucho que conoce a la niña?

menos que una chica que saldrá en los periódicos cuando llegue

- N o mucho.

al fondo de un frasco de Seconal. No sería la primera vez que

-¿Así que no la conoce desde hace mucho?

me encuentro con una cosa así, ni la segunda. Y esas crías ni



-Vivo arriba.

siquiera estaban chifladas. Mientras que ella lo está.

La respuesta pareció dar una explicación suficiente como

-Pero es joven. Y aún le queda mucha juventud por delante.

para tranquilizarle.

- ¿S u piso es como éste?

- S i con eso quiere decir que tiene futuro, vuelve a equivo-

- M u c h o más pequeño.

carse. Mire, hace un par de años, cuando vivía en la Costa,

30

31

hubo una época en la que todo hubiese podido ser diferente.

¿Qué más podía pedir un agente? Y entonces, ¡pam! *The Story*

Un ángel la vigilaba, logró que la gente se interesara por ella,

*of Dr. Wassell* ¿Ha visto esa película? Cecil B. DeMille. Gary

le hubiesen podido rodar las cosas muy bien. Pero, en un

Cooper. La leche. Me mato a trabajar, todo está listo: van a

mundo como aquél, cuando alguien abandona ya no puede dar

hacerle una prueba para el papel de enfermera del doctor Was-

un paso atrás y regresar. Pregúnteselo, si no, a Luise Rainer. Y

sell. Bueno, una de las enfermeras. Y entonces, ¡pam! Suena el

la Rainer era una estrella. Holly no lo era, por supuesto; ape-

teléfono. -Descolgó un teléfono que flotaba en el aire, y se lo

nas si llegaron a hacerle algunas fotos. Pero eso fue antes de lo

llevó a la oreja-. Soy Holly, me dice, hola cariño, le digo yo,

de *The Story of Dr. Wassell*. Entonces sí que hubieran podido

estoy en Nueva York, dice, ¿qué coño estás haciendo en Nueva

rodarle bien las cosas. Lo sé, sabe, porque el que le dio el em-

York, le digo, si es domingo y mañana mismo tienes la prue-

pujón fui yo. - S e señaló con el habano-. O. J. Berman.

ba? Estoy en Nueva York, dice ella, porque nunca había esta-

Esperaba que el nombre me sonara, y no me importó fin-

do en Nueva York. Ya puedes aposentar tu culo en un avión,

gir que así era, aunque jamás había oído hablar de O. J. Ber-

le digo, y volver ahora mismo. No quiero, dice ella. ¿Qué te

man. Resultó que era un agente artístico de Hollywood.

pasa, niña?, le digo yo. Y ella me dice, para que las cosas sal-

- F u i el primero que la vio. En Santa Anita. Todos los días

gan bien tienes que querer hacerlas, y yo no quiero. Bien, le

rondaba por el hipódromo. Me interesó, profesionalmente. Ave-

digo, qué diablos quieres, y ella me dice, serás el primero en

rigüé que andaba con un jockey, que vivía con ese escuchimi-

saberlo en cuanto lo averigüe. ¿Me entiende? No te devuelve

zado. Hice que le dijeran al jockey: Déjalo, o vendrán a verte

más que un chasco tras otro.

los chicos de la patrulla contra el vicio; sólo tiene quince años.

El gato rojo bajó de un salto de la caja de embalaje, y fue

Pero qué elegante, qué fotogénica; estaba seguro de que servi-

a frotarse contra su pierna. Berman levantó el gato sobre la

ría. Incluso cuando se ponía esas gafas *tan* gruesas; incluso

puntera de su zapato, y lo alejó de una patada, lo cual hubiera

cuando abría los labios y no sabías si era una palurda, o si

sido francamente detestable por su parte si no hubiera sido

venía de Oklahoma, o qué. Sigo sin saberlo. Apostaría algo a

porque estaba tan metido en su propia irritabilidad que ni se que nadie llegará jamás a saber de dónde salió. Es tan embus- enteró de la existencia del gato.

tera que quizá ni ella se acuerde ya. Pero nos costó un año -¿Es esto lo que quiere? -dijo, abriendo desesperadamente entero suavizarle el acento. ¿Sabe cómo lo hicimos al final? los brazos-. ¿Una pandilla de tipos a los que no ha invitado? Le dimos clases de francés: en cuanto logró imitar el acento ¿Vivir de propinas? ¿Andar por ahí con desarrapados? ¿Para francés, no le costó mucho imitar el inglés. La arreglamos para poder quizá casarse con Rusty Trawler? ¿Cree ella que tendría- que diera el tipo de Margaret Sullavan,<sup>1</sup> pero ella supo añadir- mos que condecorarla por comportarse así?

le algún toque personal, la gente comenzó a interesarse por Esperó, con la mirada llameante. ella, gente importante, y , para redondear la operación, Benny -Disculpe, pero no conozco a ese señor.

Polan, un tipo muy respetado, Benny quería casarse con ella.

- Si no conoce a Rusty Trawler, difícilmente puede saber nada de la niña. Lástima -dijo, haciendo chasquear la lengua

1. Margaret Sullavan (1911-1960) fue una actriz muy popular en los años dentro de su enorme cabezota-. Yo esperaba que tuviese usted treinta gracias a la originalidad de sus peinados voluminosos con suave flequi- cierta influencia. Que pudiese hablarle sinceramente antes de llo. Su especialidad eran los papeles de joven inocente y romántica en pelícu- que sea demasiado tarde.

las lacrimógenas como *Only Yesterday* (Frank Borzage, 1933). También prota- gonizó *The Shop around the Corner* (Ernst Lubitsch, 1940). (N. del T.)

-Pero, por lo que dice, ya es demasiado tarde.

32 33

Exhaló un anillo de humo y dejó que se desvaneciera antes el apartamento fue asaltado por un montón de hombres con de sonreír; la sonrisa le alteró el rostro, hizo que se le suavizara.

cara de ir a una despedida de soltero, entre ellos varios tipos -Podría conseguir que todo volviese a rodar. Ya se lo he de uniforme. Conté dos oficiales de la Marina y un coronel de dicho -dijo, y parecía sincero-, esa niña me gusta de verdad. las Fuerzas Aéreas; pero les superaban en número los tipos - ¿ Q u é chismorreas, O. J.?

canosos con la mili terminada hacía mucho tiempo. Aparte de Holly entró chorreando en la habitación, con una toalla la falta de juventud, no había ningún tema común entre los más o menos envuelta en torno al cuerpo, y los pies goteantes invitados, parecían desconocidos entre desconocidos; de hecho, dejando sus huellas en el suelo.

cada uno de los rostros se había esforzado, en el momento de - L o de siempre. Que estás chiflada.

entrar, por ocultar la decepción sentida al ver allí a los demás. - F r e d ya está enterado de eso.

Era como si la anfitriona hubiese repartido las invitaciones - P e r o tú no.

mientras recorría en zigzag varios bares; y seguramente había -Enciéndeme un pitillo, anda -dijo, arrancándose de la ca- sado así. Tras los iniciales gestos ceñudos, sin embargo, todos beza el gorro de ducha y sacudiendo el pelo-. No te hablaba a

fueron mezclándose sin musitar ni una queja, sobre todo O. J. ti, O. J. Eres un desgraciado. Siempre hablas más de la cuenta. Berman, que explotó ávidamente a los recién llegados para no Recogió el gato y se lo montó en el hombro. El gato se tener que hablar conmigo de mi futuro en Hollywood. Quedé instaló allí, tan buen equilibrista como un pájaro, con las uñas abandonado junto a la librería; de los libros que contenía, más enredadas en el cabello de Holly, como si fuese un ovillo de de la mitad trataban de caballos, y el resto de baseball. Mientras lana; sin embargo, pese a esta actitud amistosa, era un gato fingía interesarme por *Cómo distinguir las razas equinas* tuve am- sombrío con cara de pirata asesino; tenía un ojo ciego y visco- plias oportunidades para tomarles las medidas a los amigos de so, y el otro moteado de malicia.

Holly.

- O. J. es un desgraciado - me dijo Holly, cogiendo el piti-

Al poco rato uno de ellos adquirió cierta notoriedad en 11o que yo acababa de encenderle-. Pero sabe una endiablada medio del grupo. Era un crío de mediana edad que nunca había cantidad de teléfonos. ¿Cuál es el número de David O. Selz- llegado a desprenderse de sus michelines infantiles, aunque nick, O. J.?

algún ingenioso sastre se las había arreglado para camuflar casi - A n d a por ahí.

por entero aquel rollizo culo al que te daban ganas de azotar.

- N o es broma. Quiero que le llames y le digas que Fred No había modo de sospechar siquiera la presencia de algún es un genio. Ha escrito montañas de historias maravillosas. No hueso en todo su cuerpo; la cara, un cero relleno de bonitos te sonrojes, Fred; no eres tú quien ha dicho que eres un genio, rasgos en miniatura, poseía un aire fresco, virginal: era como he sido yo. Venga, O. J. ¿Qué vas a hacer para que Fred gane si, después de nacer, se hubiese hinchado simplemente, y tenía una fortuna?

la piel tan libre de arrugas como un globo, y en los labios,

-Pongamos que dejas que yo mismo arregle ese asunto con aunque prestos a berrear y hacer rabieta, asomaba un mima- Fred, ¿eh?

do y dulce puchero. Pero no era su aspecto lo que le hizo

- N o lo olvidas - d i j o Holly, dejándonos-. Yo soy su agen- destacar: los niños crecidos no son tan infrecuentes. Sino, más te. Otra cosa, si grito, ven a subirme la cremallera. Y si llama bien, su comportamiento; porque actuaba como si fuese él alguien, que pase.

quien daba la fiesta: a la manera de un pulpo rebosante de Llamó una multitud. Durante el siguiente cuarto de hora energía, agitaba martinis, hacía presentaciones, se encargaba del

34

35

tocadiscos. Para ser justos con él, hay que añadir que sus ac- Unity Mitford, l o, c o m o mínimo, se supone que le envió un tividades estaban siendo dictadas por la anfitriona: *Rusty*, te telegrama ofreciéndose a casarse con ella en caso de que Hit- *importaría; Rusty, hazme el favor*. Si estaba enamorado de ella, ler no quisiera hacerlo. Se dijo que éste fue el motivo por el

era evidente que sostenía con firmeza las riendas de sus ce- que Winchell solía llamarle nazi; p o r eso y porque asistió a los. Un h o m b r e celoso hubiese podido perder el control vién- varios mítines en Yorkville.

dola deslizarse p o r la habitación, con el gato en una m a n o No me enteré de todo eso porque alguien me lo contara. pero con la otra libre para enderezar una corbata o sacudir Lo l e í e n la *Guía del baseball*, otro selecto volumen del estante la hilacha de una solapa; la medalla que llevaba el coronel de Holly, y que ella utilizaba, aparentemente, c o m o álbum de de las Fuerzas Aéreas se vio sometida a un concienzudo lus- recortes. Metidos entre sus páginas había artículos de los domi- trado.

nicales, y frases entresacadas de las columnas de chismorreos. El tipo se llamaba Rutherford («Rusty») Trawler. En 1908 *Rusty Trawler y Holly Golightly acudieron juntos al estreno de* había perdido a sus progenitores; su padre, víctima de un anar- «*One Touch of Venus*». Holly se me acercó por la espalda y quista, y su madre a consecuencia de la conmoción, y esta me pilló leyendo: *Miss Holiday Golightly, de los Golightly de* doble desgracia convirtió a Rusty en huérfano, en millonario *Boston, hace que todos los días sean fiesta para Rusty Trawler, el* y en personaje popular, y todo eso a los cinco años de edad. *hombre de 24 quilates.*

Desde entonces había sido un socorrido recurso para los su- - ¿ A d m i r a s mi publicidad, o eres aficionado al baseball? plementos dominicales, y esta circunstancia alcanzó su huraca- - d i j o , poniéndose bien las gafas de sol mientras miraba por nada culminación el día en que, siendo todavía un colegial, encima de mi h o m b r o .

consiguió que su padrino y tutor fuese detenido, acusado de - ¿ C u á l ha sido el informe meteorológico de esta semana? sodomía. Posteriormente, las bodas y los divorcios le permitie- Me guiñó un ojo, pero no fue en broma: era una adver- ron conservar su lugar bajo el sol de los tabloides. Su primera tencia.

esposa se largó, con pensión incluida, a vivir con un rival de - M e apasionan los caballos, pero detesto el baseball - m e Father Divine.<sup>1</sup> La segunda esposa no parece haber dejado ras- dijo, y el submensaje que transmitía su t o n o me dijo que que- tro, pero la tercera le puso una demanda de divorcio en el ría que me olvidase de que una vez me había hablado de Sally estado de Nueva York, aportando un buen m o n t ó n de testi- T o m a t o - . Detesto escuchar las carreras por radio, pero tengo monios, de esos que resultan vinculantes. Fue él mismo quien que hacerlo, forma parte de mi preparación. Los hombres no saben hablar de casi nada. A los que no les gusta el baseball, se divorció de la última Mrs. Trawler, y su principal queja con- les gustan los caballos, y si no les gusta ninguna de las dos sistió en decir que ella se había amotinado a bordo de su yate, cosas, bueno, seguro que de todos modos me he metido en un y que el susodicho motín resultó en el abandono de Rusty en lio: tampoco les gustan las chicas. ¿Qué tal te llevas con O . J . ? las Dry Tortugas. Aunque desde entonces se había mantenido soltero, parece ser que antes de la guerra se había declarado a

1. Unity Mitford, fallecida en 1948, era hermana de la novelista Nancy Mitford e hija del barón de Redesdale; mientras Nancy satirizaba a su clase, la aristocracia inglesa, Unity se enamoraba de Hitler, y hasta parece que intentó suicidarse cuando el Führer la rechazó. Sus afinidades nazis eran com-  
arrastró a las masas norteamericanas en los años treinta y cuarenta sobre todo.  
partidas por otra de las hermanas, Diana, que llegó a casarse con sir Oswald  
Sus seguidores formaban comunas, «Heavens» (Cielos). (N. *del T.*)  
Mosley, fundador y principal dirigente del fascismo británico. (N. *del T.*)  
36 37

- No nos hemos separado por mutuo acuerdo.  
también. No quiero poseer nada hasta que encuentre un lugar  
- Es una oportunidad, créeme.  
en donde yo esté en mi lugar y las cosas estén en el suyo.  
- Y a me lo imagino. Pero no creo que nada de lo que yo  
Todavía no estoy segura de dónde está ese lugar. Pero sé qué  
hago pueda parecerle una oportunidad a él.  
aspecto tiene. - Sonrió, y dejó caer el gato al suelo-. Es como  
- Vete hacia allá -insistió ella-, y convéncele de que no  
Tiffany's - dijo -. Y no creas que me muero por las joyas. Los  
da risa de sólo verle. Te puede ayudar de verdad, Fred.  
diamantes sí. Pero llevar diamantes sin haber cumplido los cua-  
- Seguramente tengo entendido, tú no supiste valorar su ayuda.  
renta es una horterada; y entonces todavía resulta peligroso.  
- Me miró algo desconcertada, hasta que dije: - The *Story of*  
Sólo quedan bien cuando los llevan mujeres verdaderamente  
*Dr. Wassell.*  
viejas. Maria Ouspenskaya. Arrugas y huesos, canas y diamantes.  
- ¿Toda vía insiste? - dijo, y dirigió una mirada cariñosa  
tes: me muero de ganas de que llegue ese momento. Pero no  
hacia Berman, al otro lado de la habitación-. En una cosa tiene  
es eso lo que me vuelve loca de Tiffany's. Oye, ¿sabes esos  
razón: *debería* sentirme culpable. Y no porque hubiesen podi-  
días en los que te viene la malea?  
do darme el papel ni porque yo hubiese podido ser buena ac-  
-¿Algo así como cuando sientes morriña?  
triz; ni ellos querían, ni yo quería. Si me siento culpable es,  
- No - dijo lentamente-. No, la morriña te viene porque  
supongo, porque dejé que él siguiera soñando cuando yo ya  
has engordado o porque llueve muchos días seguidos. Te que-  
había dejado de soñar. Estuve engañándoles durante un tiem-  
das triste, pero nada más. Pero la malea es horrible. Te entra  
po porque quería pulirme un poco, pero sabía muy bien que  
miedo y te pones a sudar horrores, pero no sabes de qué tie-  
jamás llegaría a ser una estrella de cine. Es demasiado esfuer-  
nes miedo. Sólo que va a pasar alguna cosa mala, pero no sabes  
zo; y, si eres inteligente, da demasiada vergüenza. Me falta el  
cuál. ¿Has tenido esa sensación?  
suficiente grado de complejo de inferioridad: para ser una es-  
- Mu y a menudo. Hay quienes lo llaman *angst.*  
trella de cine hay que ser, según dice la gente, tremendamente  
- De acuerdo. *Angst.* Pero ¿cómo le pones remedio?  
narcisista; de hecho, lo esencial es no serlo en absoluto. No  
- No sé, a veces ayuda una copa.  
quiero decir que el ser rica y famosa fuera a fastidiarme. Esas

- Y a lo he probado. También he probado con aspirinas.  
son cosas que ocupan un lugar importante en mis planes, y  
Rusty opina que tendría que fumar marihuana, y lo hice, una  
algún día trataré de conseguirlas; pero, si las consigo, querría  
temporada, pero sólo me entra la risa tonta. He comprobado  
seguir gustándome a mí misma. Quiero seguir siendo yo cuan-  
que lo que mejor me sienta es tomar un taxi e ir a Tiffany's.  
do una mañana, al despertar, recuerde que tengo que desayu-  
Me calma de golpe, ese silencio, esa atmósfera tan arrogante; en  
nar en Tiffany's. Necesitas una copa - d i j o , viendo mis manos  
un sitio así no podría ocurrirte nada malo, sería imposible,  
vacías-, ¡Rusty! ¿Querías prepararle un trago a este amigo?  
en medio de todos esos hombres con los trajes tan elegantes,  
Seguía con el gato en sus brazos.  
y ese encantador aroma a plata y a billetero de cocodrilo. Si  
- P o b r e desgraciado - d i j o , haciéndole cosquillas en la ca-  
encontrase un lugar de la vida real en donde me sintiera como  
beza-, pobre desgraciado que ni siquiera tiene nombre. Es un  
me siento en Tiffany's, me compraría unos cuantos muebles  
poco fastidioso eso de que no tenga nombre. Pero no tengo  
y le pondría nombre al gato. He pensado que, después de la  
ningún derecho a ponérselo: tendrá que esperar a ser el gato  
guerra, Fred y yo... - A l z ó sus gafas de sol, y sus ojos, todos  
de alguien. Nos encontramos un día junto al río, pero ningun-  
sus diversos colores, los grises y las motas verdes y azules, ha-  
no de los dos le pertenece al otro. El es independiente, y yo  
bían adquirido una agudeza visionaria-. Una vez estuve en

## 39

México. Es un país magnífico para la cría de caballos. Vi un dije que ya era hora de que creciese y se enfrentara al problema junto al mar. Fred entiende mucho de caballos.

ma, que sentase la cabeza e hiciera de ama de casa junto a un Se acercó Rusty Trawler con un martini; me lo dio sin mi-camionero amable y paternal. Entretanto, le tengo en mis rarme.

manos; lo cual está muy bien, es inofensivo, las chicas no son - E s t o y hambriento -anunció, y su voz, tan añorada como para él más que muñecas, literalmente.

todo él, emitió un enervante gemido de mocosos que parecía -Gracias a Dios.

echarle las culpas a Holly-. Son las siete y media y estoy ham-briento. Ya sabes lo que dijo el médico.

los hombres, yo al menos no le estaría en absoluto agradecida -Sí, Rusty. Sé lo que dijo el médico. a Dios.

-Pues, entonces, levanta la sesión. Vámonos.

- Q u e r í a decir que gracias a Dios que no tengas intención - M e gustaría que te comportaras como es debido, Rusty. de casarte con Mr. Trawler.

Se lo dijo sin alzar la voz, pero su tono insinuaba esa ame-Holly enarcó una ceja:

naza de castigo que pronuncia la institutriz, y provocó en el - P o r cierto, no he dicho que no sepa lo rico que es. In-rostro de Rusty un peculiar sonrojo de placer, de gratitud.

cluso en México, un terreno cuesta su dinero. Bien -dijo, em- - N o me quieres - s e quejó él, como si estuvieran solos. pujándome-, vamos a por O. J.

-Nadie quiere a los niños malos.

Me resistí, tratando de idear alguna fórmula que me per-Era obvio que Holly había dicho lo que él quería oír; aque-

mitiese aplazar el encuentro. Hasta que lo recordé:

llo, al parecer, le excitó y relajó simultáneamente. Pero, como

- ¿Y por qué eso de *Viajera*?

si se tratara de un ritual, Rusty añadió:

- ¿Te refieres a mi tarjeta? - dijo ella, desconcertada-. ¿Te

- ¿Me quieres?

parece gracioso?

-Vuelve a tus obligaciones, Rusty. - Le dio unas palmadi-

-Gracioso no. Sólo provocativo.

tas-. Y, cuando yo esté lista, iremos a cenar donde tú quieras.

Holly se encogió de hombros.

- ¿A Chinatown?

- Al fin y al cabo, ¿cómo voy a adivinar dónde estaré vi-

- Y a sabes que no puedes comer cerdo agridulce. Recuerda  
viendo mañana? Por eso les dije que pusieran *Viajera*. En fin,  
lo que dijo el médico.

lo de las tarjetas fue tirar el dinero. Pero me parecía que esta-

Mientras él regresaba con un satisfecho anadeo a sus ocu-

ba obligada a hacer allí algún gasto. Son de Tiffany's. - Cogió

paciones, no pude resistir la tentación de recordarle a Holly

mi martini, que yo ni siquiera había probado; lo vació de dos

que no había contestado la pregunta de Rusty.

tragos, y me agarró la mano -. Déjate de evasivas. Vas a hacer-

-¿Le quieres?

te amigo de O. J.

- Y a te lo dije: con buena voluntad, se puede querer a cual-

Se produjo un incidente en la puerta. Era una joven, que

quiera. Además, tuvo una infancia repugnante.

entró como un vendaval, una tempestad de foulards y tinti-

- Si tan repugnante fue, ¿por qué se aferra a ella?

neante oro.

-Utiliza los sesos. ¿No ves que Rusty se siente más seguro

- Ho - Holly -dijo, avanzando con un amenazador dedo en

en pañales que si tuviera que ponerse falda? Y ésa es en reali-

alto-, maldita acaparadora, ¡Cómo se te ocurre coleccionar a



dad la alternativa, sólo que es muy susceptible al respecto. Una toda esta pan-pandilla de hombres arre-arrebatadores!

vez trató de clavarme el cuchillo de la mantequilla porque le Superaba holgadamente el metro ochenta, era más alta que  
40

41

la mayor parte de los hombres presentes. Todos ellos enderefectos; Mag había logrado transformarlos en adornos por el zaron la espalda, encogieron el estómago; hubo un generaliza procedimiento de exagerarlos con la mayor osadía. Unos taco- do concurso, a ver quién igualaba su tambaleante estatura. nes que realzaban su estatura, tan altos que le temblaban los to- - ¿ Q u é haces aquí? - d i j o Holly, y los labios se le contraje- billos; un corpiño ajustado y plano que indicaba que hubiera ron como un cordel tensado.

podido ir a la playa vestida sólo con pantalón de baño; el ca- -Na-nada, cariño. He estado trabajando arriba, con Yunio- bello peinado muy tirante hacia atrás, para acentuar los rasgos shi. Fotos navideñas para *Ba-bazaar*. ¿Te has enfadado, cariño? enjutos y magros de su cara de modelo. Incluso el tartamu- -Esparció una sonrisa por entre los presentes-. Y vosotros, deo, auténtico, sin duda, pero también un poco forzado, había chicos, ¿también os ha-habéis enfadado conmigo por haberme sido transformado en virtud. Ese tartamudeo era el toque maes- entrometido en vu-vuestra fiesta?

tro; porque gracias a él se las arreglaba para que sus trivialida- Rusty Trawler soltó una risilla disimulada. Le apretujó el des pareciesen de algún modo originales, y, en segundo lugar, brazo, como si quisiera admirar su musculatura, y le preguntó porque servía, a pesar de su estatura, de su aplomo, para inspi- si le apetecía una copa.

rar en sus oyentes masculinos un sentimiento protector. A -Desde luego - d i j o ella-. Un bourbon.

modo de ilustración: hubo que pegarle unos cuantos golpes - N o hay - l e dijo Holly. Circunstancia que el coronel de

en la espalda a Berman, simplemente porque le oyó decir, las Fuerzas Aéreas aprovechó para sugerir que estaba dispuesto «¿Quién pu-puede decirme dónde está el la-lavabo?»; y des- a ir por una botella.

pués, completando el ciclo, él mismo le ofreció el brazo para - N o hace falta ar-armar ningún alboroto, os lo aseguro. guiarla hasta allí.

Me conformaría hasta con amoníaco. Holly, chata -dijo, em- - N o hace ninguna falta - d i j o Holly-. No será la primera pujándola un poquito-, no te preocupes por mí. Yo misma vez que lo visite. Ya sabe dónde está.

me presentaré. - S e agachó hacia O. J. Berman, cuyos ojos, co- Estaba vaciando ceniceros, y después de que Mag Wildwood mo suele ocurrirles a los hombres bajos cuando están en pre- saliera de la habitación, vació otro y dijo, o, más bien, gimió: sencia de una mujer alta, se habían velado con un vaho de - E n realidad es muy triste. - H i z o una pausa, la prolongó ambición-. Soy Mag Wi-Wildwood, de Wild-woo-woo-wood, a fin de darse tiempo para calcular la cantidad de expresiones Arkansas. Una zona montañosa.

interrogativas, eran suficientes-. Y misterioso. Lo raro es que Parecía una danza, en la que Berman ejecutaba unos com- no se le note más. Pero bien sabe Dios que su *aspecto* es salu- plicados pasos a fin de impedir que sus rivales pudieran inter- dable. Y muy, no sé, *sano*. Eso es lo más extraordinario. ¿No ponerse en su camino. Pero Mag se le escapó, arrastrada por dirías -preguntó preocupada, pero sin dirigirse a nadie en par- una cuadrilla de bailarines que comenzaron a engullir los tar- ticular-, no dirías que parece estar sana?

tajeantes chistes de la chica como palomas precipitándose sobre Alguien tosió, varios tragaron saliva. Un oficial de la Mari- un puñado de maíz tostado. Su éxito era muy comprensible. na, que sostenía la copa de Mag Wildwood, la dejó.

Era la fealdad derrotada, que suele ser mucho más cautivadora - A u n q u e , claro - d i j o H o l l y - , he oído decir que son mu-

que la verdadera belleza, aunque sólo sea por la paradoja que chas las chicas del sur que tienen el mismo problema.

lleva consigo. A diferencia de ese otro método que consiste Se estremeció delicadamente, y se fue a buscar más hielo a en el simple buen gusto acompañado de cuidados científicos, en la cocina.

este caso el éxito era consecuencia de la exageración de los de- Mag Wildwood fue incapaz de comprender, a su regreso,

42

43

la repentina frialdad; las conversaciones que ella iniciaba te- - V a m o s al Stork. Te ha tocado la rifa.

nían el mismo efecto que la leña verde, humeaban pero no

Y a continuación cayó cuan larga era, como un roble tala- llegaban a prender. Y, lo que resultaba más imperdonable in- do. Lo primero que se me ocurrió fue ir por un médico.

cluso, la gente empezaba a irse sin haberle pedido antes su nú-

Pero al examinarla comprobé que su pulso era normal y su mero de teléfono. El coronel de las Fuerzas Aéreas aprovechó respiración rítmica. Estaba simplemente dormida. Después de para levantar el campamento un momento en que ella le daba meterle una almohada debajo de la cabeza, la dejé disfrutando la espalda, y esto fue la gota que colmó el vaso: el militar la de su sueño.

había invitado a cenar con él esa noche. De repente, Mag se

Al día siguiente por la tarde choqué con Holly en la esca- cegó. Y como la ginebra guarda la misma relación con el arti- lera.

ficio que las lágrimas con el rímel, su atractivo se descompuso

-¡Serás...! -me dijo, sin detener su carrera, cargada con un de forma instantánea. Comenzó a meterse con todo el mundo.

paquete de la farmacia-. Ahí está, al borde de la pulmonía.

Tachó a su anfitriona de degenerada hollywoodiense. Retó a

Una resaca de campeonato. Y, encima, la malea.

un cincuentón a pelear con ella. Le dijo a Berman que Hitler

Deduje de todo esto que Mag Wildwood seguía en el apartamiento. Y hasta logró reanimar a Rusty Trawler acorralándolo, pero Holly no me dio pie para explorar la sorprendente en un rincón.

dente simpatía que ahora mostraba por ella. A lo largo del fin -¿Sabes lo que te espera? - l e dijo, sin rastro de tartamudeo. Te haré correr hasta el zoo y te echaré al yak para que lugar, por el tipo de aspecto latino que llamó a mi puerta; por te coma.

error, pues preguntó por Miss Wildwood. Me costó un buen El pareció dispuesto a seguir sus planes, pero Mag le derato sacarle de su engaño, ya que nuestros respectivos acentos cepcionó porque se dejó caer al suelo y se quedó allí sentada, parecían mutuamente incompatibles, pero le bastó ese tiempo tarareando una canción.

para dejarme fascinado. Era una combinación meticulosanlen- - M e aburres. Levántate de ahí - l e dijo Holly, acabando te perfecta, y tanto su oscura tez como su cuerpo de torero de ponerse unos guantes. El resto de la concurrencia esperaba poseían una exactitud, una perfección comparables a las de una en la puerta, y al ver que Mag no se levantaba, Holly me dirimanzana, una naranja, una de esas cosas que la naturaleza hace gijó una mirada de disculpa:

impecablemente. A lo cual había que añadir, en calidad de ador- -Pórtate como un buen chico, Fred. Métela en un taxi.

nos, el traje inglés, la colonia intensa y, cosa aún menos latina, Vive en Winslow.

su timidez. El segundo acontecimiento del día le tuvo también - N o , en Barbizon. Regent 4-5700. Pregunta por Mag Wild- como protagonista. Atardecía, y le vi llegar en un taxi cuando wood.

salía a cenar. El taxista le ayudó a entrar en el portal todo un -Eres un buen chico, Fred.

cargamento de maletas. Lo cual me proporcionó un nuevo te-

Y se fueron. La perspectiva de tener que tirar de aquella ma de reflexión. Cuando llegó el domingo me dolía la cabeza. amazona hasta un taxi bastó para borrar todo resto de resen- A continuación la imagen se hizo simultáneamente más timiento que pudiera quedarme. Pero ella misma resolvió el clara y más oscura.

problema. Levantándose a impulsos de su propio enfureci-

El domingo hizo un día típico del veranillo de San Mar- miento, me miró desde su tremenda estatura con tambaleante tén, brillaba el sol con intensidad, tenía la ventana de mi cuar- altivez, y me dijo:

to abierta, y me llegaban voces desde la escalera de incendios.

44

45

Holly y Mag se habían despatarrado abajo sobre una manta, -Vete a la Berlitz.

con el gato entre las dos. Les colgaba el cabello mojado, re- - ¿Y cómo diablos quieres que den clases de po-portugués? cién lavado. Estaban muy atareadas, Holly pintándose las uñas Si casi parece imposible que haya alguien que hable ese idio- de los pies, Mag tejiendo un jersey. Hablaba Mag.

ma. No, la única solución que se me ocurre es conseguir que

- S i quieres saber mi opinión, eres una chica con su-suerte.

José se olvide de la política y se haga norteamericano, ¡Cómo Como mínimo, Rusty es norteamericano.

se le puede ocurrir a nadie querer ser pre-presidente nada

- ¡ H a b r á que felicitarle!

menos que del *Brasil!* -Suspiró y volvió a coger la labor-.

-*Chata*, que estamos en guerra.

Debo de estar locamente enamorada. Tú nos has visto juntos.

-Pues, en cuanto termine, no volverás a verme el pelo.

¿Crees que estoy locamente enamorada?

- N o pienso como tú. Estoy or-orgullosa de mi país. Los

- T e diré... ¿Muerde?

hombres de mi familia siempre fueron grandes soldados. Hay

A Mag se le escapó un punto.

una estatua del abuelo Wildwood justo en el centro de Wild-

- ¿Q u e si muerde?

- Q u e si te muerde a ti. En la cama.

wood.

- F r e d es soldado - d i j o H o l l y - , pero dudo que alguna vez

- P u e s no, la verdad. ¿Te parece que debería hacerlo?

llegue a ser una estatua. Podría serlo. Dicen que la gente, cuan-

-Luego añadió, en tono de censura-. Pero se ríe.

to más estúpida, más valiente. Y él es bastante estúpido.

-Bien. Eso me parece correcto. Me gustan los hombres con

-¿Fred es ese chico del piso de arriba? No me di cuenta

sentido del humor, la mayoría no hacen más que jactarse y sol-

de que fuese un soldado. Pero sí parece estúpido.

tar bufidos.

- U n soñador, no un estúpido. Lo que más le gusta es estar

Mag retiró su queja; aceptó el comentario como un halago

encerrado en donde sea, mirando afuera: cualquiera que tenga la

que se reflejaba en ella.

nariz aplastada contra un cristal tiene que parecer estúpido a la

-Sí. Yo diría que sí.

fuerza. De todos modos, ése es otro Fred. Fred es mi hermano.

-Bien. No muerde. Ríe. ¿Qué más?

- ¿ Y llamas estúpido a alguien que lleva tu misma sangre?

Mag volvió a contar los puntos hasta el que se había salta-

- S i lo es, lo es.

do, y reanudó luego la labor. Estaba haciendo punto del revés.

- Q u i z á , pero es de mal gusto decirlo de un chico que está

- T e he dicho que qué más.

combatiendo por ti y por mí y por todos nosotros.

- Y a te he oído. Y no es que no te lo quiera contar. Pero

-¿Qué es esto? ¿Un discurso para vender bonos de guerra?

me cuesta mucho acordarme. No les doy vueltas a esas

-Simplemente, quiero que sepas lo que pienso. Puedo reír-

cosas. No tanto como parece hacerlo tú. Se me olvidan, como

me de cualquier chiste, pero por dentro soy una persona muy  
los sueños. Estoy segura de que eso es lo co-corriente.

se-seria. Y estoy orgullosa de ser norteamericana. Por eso me  
-Puede que sea corriente, pero yo prefiero ser rara. - H o l l y  
preocupa J o s é . - A b a n d o n ó su labor-. ¿Verdad que te parece  
interrumpió un momento su tarea, consistente en ir pintando  
guapísimo? - H o l l y dijo Hmn, y le pasó el pincel de uñas por  
de rojo el resto de los bigotes del gato-. Mira, si no consigues  
los bigotes al gato-. Ojalá consiguiera hacerme a la idea de  
acordarte, prueba a ver qué pasa si dejas la luz encendida.  
que voy a casarme con un brasileño. Y de que yo *seré* bra-  
-Entiéndeme, por favor, Holly. Soy una persona *super* con -  
sileña. Se me hace muy cuesta arriba. Nueve mil kilómetros,  
vencionalísima.

y ni siquiera conozco su idioma...

- Q u é cojones, ¿te parece mal echarle una buena ojeada a  
46 47

un tipo que te gusta? Los hombres son preciosos, hay muchos  
tenían intención de publicarlo. Publicarlo: lo cual equivalía a  
que lo son, José lo es, y si ni siquiera te dignas *mirarle*, no  
*letra impresa*. Borracho de excitación no es una simple frase.  
sé, yo diría que le están sirviendo un plato de macarrones bas-  
Tenía que decírselo a alguien: y, subiendo las escaleras de dos  
tante frío.

en dos, aporreé la puerta de Holly.

- N o grites ta-tanto.

Supuse que mi voz no sería capaz de transmitir la noticia;

- E s imposible que estés enamorada de él. Y bien, ¿respon-  
en cuanto salió a la puerta, bizqueando de sueño, arremetí con  
de esto a tu pregunta?

la carta contra ella. Para cuando me la devolvió, tuve la sensa-

- N o . Porque no soy un plato de macarrones frío. Tengo  
ción de que había tardado el tiempo suficiente como para leer  
un corazón muy cálido. Esa es la esencia misma de mi ca-  
sesenta páginas.

rácter.

- Y o no se lo autorizaría. Si no pagan, nada -dijo, boste-

- D e acuerdo. Tienes un corazón m u y cálido. Pero si yo  
zando. Es posible que mi expresión bastara para hacerle en-  
fuese un hombre que está yéndose a la cama, preferida llevar-  
tender que no lo había comprendido, que no buscaba consejo  
me una botella de agua caliente. Es más tangible.

sino una felicitación: sus labios pasaron del bostezo a la son-

-José no es de los que chillan -dijo, muy satisfecha, mien-

risa-. Oh, ya veo. Es maravilloso. Bueno, pasa - d i j o - . Ha-

tras el sol arrancaba destellos de sus agujas-. Además, estoy

remos café y lo celebraremos. No. Me vestiré y te invitaré

enamorado de él. ¿Te has dado cuenta de que he tejido diez

a comer.

pares de calcetines a cuadros en menos de tres meses? Y éste

Su dormitorio estaba en armonía con la sala: perpetuaba

es el segundo suéter. -Estiró el suéter y lo echó a un lado-

aquel mismo ambiente de campamento a punto de ser levan-

¿Para qué?, me pregunto. Sueters en Brasil. Tendría que estar

tado; cajas de embalaje y maletas, todo cerrado y listo para la

haciendo cascos para el sol.

partida, como las pertenencias de un delincuente que sabe que

Holly se tendió de espaldas y bostezó.

la ley anda pisándole los talones. En la sala no había muebles

- T a m b i é n debe de haber invierno.

propiamente dichos, pero la habitación contaba con una cama,

- E s cuando llueve, eso al menos sí lo sé. Calor. Lluvia.

de matrimonio, por cierto, y espectacular: madera clara, satén

Se-selvas.

con borlas.

-Calor. Selvas. ¿Sabes que me gustaría?

Dejó abierta la puerta del baño y charló desde allí; entre

- M u c h o más que a mí.

chorros y fregoteos, la mayor parte de lo que dijo resultó inin-

- S í - d i j o Holly, en u n tono adormilado que no era de



teligible, pero en esencia era: me *suponía* al tanto de que Mag sueño-. Mucho más que a ti.

Wildwood se había instalado allí, lo cual era muy *práctico*, porque, si necesitas una compañera de habitación, en el supuesto El lunes, cuando bajé por el correo de la mañana, la tarde que *no* pueda ser bollera, no hay nada mejor que una chica jeta del buzón de Holly estaba cambiada: Miss Golightly y Miss que sea *absolutamente* tonta, que es lo que Mag era en su opinión, porque entonces es facilísimo dejar que pague ella el alquiler y que vaya ella a la lavandería.

buzón. Era de una pequeña revista universitaria a la que había Era evidente que Holly tenía problemas con la lavandería; remitido un cuento. Les había gustado; y, aunque me pedían la habitación, como un gimnasio de chicas, estaba sembrada que entendiese que no podían permitirse el lujo de pagarme, de ropa sucia.

48

49

-...y, sabes, es una modelo que tiene mucho éxito, ¿no es fantástico? Lo cual me va muy bien -dijo, saliendo del baño de la entrada del cobertizo. Pensé en el futuro, y hablé del a pata coja, porque al mismo tiempo se estaba ajustando la pasado. Porque Holly quiso saber cosas de mi infancia. Ella faja-. Seguro que no tendré que aguantarla todo el día. Y no habló también de la suya; pero fue un recital esquivo, sin creo que haya muchos problemas en el frente de los hombres. nombre ni lugar, impresionista, aunque la impresión que recibí era opuesta a la que me había esperado, pues me hizo de estatura: un palmo, yo diría, a favor de ella. Dónde algunas descripciones casi voluptuosas de baños veraniegos, árboles...

boles navideños, guapos primos, festejos: en pocas palabras, Estaba de rodillas, metiendo el brazo bajo la cama. Cuando alegre en un sentido en que ella no lo era, y en modo alguno, encontró lo que buscaba, unos zapatos de lagarto, tuvo que desde luego, el pasado de una chica que se ha fugado de su buscar una blusa, un cinturón, y me dio que pensar largamente casa.

te que, pese a todo aquel desbarajuste, consiguiese al final el ¿O, le pregunté, quizá no era cierto que se había largado a resultado apetecido: un aspecto de persona mimada por la vida, vivir por su cuenta cuando sólo tenía catorce años? Se frotó la serenamente inmaculado, como si la hubiesen estado cuidando nariz.

do las doncellas de Cleopatra.

- E s o es cierto. Lo otro no. Aunque, la verdad, tu descripción de *tu* infancia ha sido tan trágica que me ha parecido alegre lo del cuento. De verdad.

inoportuno rivalizar contigo.

Bajó de la barandilla dando un salto.

Aquel lunes de octubre de 1943. Un día precioso, alegre

- E n fin, esto me recuerda que tendría que mandarle un como un pájaro. Nos tomamos para empezar sendos manhapos poco de mantequilla de cacahuete a Fred.

ttans en el bar de Joe Bell; y, cuando éste se enteró de mi buena Nos pasamos el resto de la tarde caminando al este y al suerte, cócteles de champán por cuenta de la casa. Después pa- oeste, arrancándoles con añagazas a diversos tenderos numero- seamos hasta la Quinta Avenida, en donde había un desfile. Las sas latas de mantequilla de cacahuete, que iba muy escasa en banderas al viento, el retumbar de las bandas militares, no pare- los años de la guerra; oscureció sin que hubiésemos obtenido cían tener relación alguna con la guerra sino que más bien pa- más que media docena de tarros, el último en una charcutería recibían una fanfarria organizada exclusivamente en mi honor.

de la Tercera Avenida, cerca de la tienda de antigüedades en Comimos en la cafetería del parque. Luego, dando un rodeo cuyo escaparate se encontraba aquella palaciega jaula, de manera que la llevé hasta allí para que la viese, y Holly supo apreciar su encanto, su fantasía.

por los senderos que conducen al viejo cobertizo de madera

- De todos modos, es una jaula.

que en aquel entonces albergaba los botes, y que ahora ya ha

Cuando pasábamos delante de un Woolworth's, me agarró desaparecido. En el lago flotaban hojas; un jardinero abanicaba fuertemente el brazo:

ba en la orilla una hoguera de hojarasca, y el humo, alzándose

- R o b e m o s algo - d i j o , tirando de mí hacia el interior de la tienda, en donde, de inmediato, me pareció sentir el acoso de estremecido. Nunca me han dicho nada los abriles, es el otoño las miradas, como si ya fuésemos sospechosos-. Venga. No seas lo que me parece la estación inaugural, primaveral; y así me gallina.

50

51

Exploró un mostrador con montañas de calabazas de papel da, sobre todo por culpa de Ybarra-Jaegar, que parecía tan des- y máscaras para la noche de Halloween.<sup>1</sup> La dependienta estaba al lado de los otros como un violín en un grupo de ba atareada con un grupo de monjas que se probaban máscaras jazz. Era un hombre inteligente, y presentable, y parecía toras. Holly cogió una máscara y se la puso; eligió otra, y me la marse bastante en serio su trabajo, que era oscuramente ofi- puso a mí; luego me tomó de la mano y salimos. Así de sencional, vagamente importante, y le obligaba a estar en Washingcillo. Una vez en la calle, corrimos a lo largo de varias manzaton varios días por semana. ¿ C ó m o pudo sobrevivir noche

nas, creo que sólo para añadirle emoción; pero también por-  
tras noche en La Rue, El Morocco, escuchando el pa-parloteo  
que, tal como descubrí entonces, el ladrón se siente eufórico  
de Mag Wildwood y mirando aquella cara de culo desnudo de  
cuando un robo le sale bien. Le pregunté si robaba a menudo.  
niño que tenía Rusty? Es posible que, como la mayoría de la  
- A n t e s s í - d i j o - . No me quedaba otro remedio si quería  
gente que se encuentra en un país extranjero, fuese incapaz de  
algo, lo que fuese. Pero todavía lo hago de vez en cuando,  
situar a la gente, de elegir un marco adecuado para su retrato,  
para no desentrenarme.

cosa que en Brasil le hubiese resultado de lo más sencillo; es  
Aún llevábamos las máscaras puestas cuando llegamos a  
decir, tenía que enjuiciar a todos los norteamericanos bajo una  
casa.

luz prácticamente uniforme, y desde este punto de vista sus  
acompañantes debían de parecerle ejemplos soportables del  
Guardo el recuerdo de otros muchos días de andar de acá  
color local, del carácter nacional. Esto explicaría muchas cosas;  
para allá con Holly; y es cierto, hubo épocas en las que salía-  
la determinación de Holly explica las demás.

mos mucho juntos; pero el recuerdo, considerando las cosas  
Una tarde, mientras estaba esperando un autobús en la  
en conjunto, es falso. Porque hacia finales de mes encontré un  
Quinta Avenida, me fijé en un taxi que aparcaba en la acera  
empleo: ¿hace falta añadir algo más? Mejor cuanto menos diga,  
de enfrente. Se apeó una chica, que luego subió corriendo  
aparte de mencionar que me resultaba imprescindible, y que  
la escalera de la biblioteca pública de la calle Cuarenta y  
duraba de nueve a cinco. Lo cual hizo que nuestros horarios,  
dos. Entró antes de que la reconociese, cosa disculpable dado  
el de Holly y el mío, fuesen extremadamente distintos.

que no era fácil relacionar a Holly con las bibliotecas. Dejé que  
A no ser que fuera jueves, su día de Sing Sing, o que se  
la curiosidad me empujara a pasar entre los leones de la en-

hubiera ido al parque para montar a caballo, cosa que hacía trada, mientras discutía conmigo mismo sobre qué era más de vez en cuando, Holly nunca se había levantado cuando yo conveniente, si reconocer ante ella que la había seguido, o regresaba a casa. En ocasiones, entraba en su piso y compartía fingir que era una coincidencia. Al final no hice ni una cosa su café mientras ella se vestía para la velada. Siempre estaba a ni la otra, sino que me e s c o n d í a varias mesas de distancia en punto de salir, no todas las veces con Rusty Trawler, pero casi la sala de lectura, que es donde ella se había instalado, paratodas, y también casi todas en compañía de Mag Wildwood y petada detrás de sus gafas oscuras y una fortaleza de libros su guapo brasileño, cuyo nombre era José Ybarra-Jaegar: su que había amontonado en su pupitre. Pasó a toda velocidad madre era alemana. C o m o cuarteto, daban una nota desafina- de un libro a otro, se detuvo intermitentemente en alguna que otra página, siempre con el ceño fruncido, como si las

1. Víspera de la festividad de Todos los Santos, que los niños norteameriletras estuvieran impresas del revés. Tenía un lápiz apoyado canos celebran rondando disfrazados las casas del vecindario, iluminándose en el papel: nada parecía llamar su atención aunque, de vez en con velas Colocadas en el interior de calabazas vacías en las que practican unos orificios a modo de ojos y boca. *(N. del T.)*

cuando, c o m o si fuera de pura furia, garabateaba laboriosa-  
52 53

mente. Cuando la miraba recordé a una compañera de la Holly y Mag dieron una fiesta por Nochebuena. Holly me escuela, Mildred Grossman. Mildred: su cabello húmedo y sus pidió que fuese temprano para que la ayudase a adornar el grasientas gafas, sus dedos manchados que diseccionaban ranas árbol. Todavía no entiendo cómo lograron meter aquel árbol y llevaban café a los piquetes de huelguistas, y sus ojos deslus- en el apartamento. Sus ramas superiores estaban aplastadas trados que sólo se alzaban hacia las estrellas para calcular su contra el techo, y las bajas se extendían de pared a pared; en

tonelaje químico. La tierra y el aire no podían ser más opues-  
conjunto era más o menos como el abeto gigante que suelen  
tos que Mildred y Holly, pero ambas adquirieron en mis pen-  
instalar en la plaza Rockefeller. Es más, solamente todo un  
samientos cierta semejanza siamesa, y la idea que las había  
Rockefeller habría podido adornarlo, pues engullía las bolas y  
entrelazado era más o menos la siguiente: los caracteres suelen  
las cintas doradas como si se tratase de nieve derretida. Holly  
ir evolucionando, y cada pocos años nuestros cuerpos experi-  
insinuó que podía ir a Woolworth's y robar allí unos cuantos  
mentan una remodelación completa; tanto si es deseable como  
globos; así lo hizo: y con ellos el árbol quedó bastante decen-  
si no lo es, nada más natural que el que cambiemos. Pues bien,  
te. Brindamos por nuestra labor, y Holly dijo:

he aquí dos personas que no cambiarían jamás. Era esto lo que  
- M i r a en el dormitorio. Hay un regalo para ti.

Mildred Grossman y Holly Golightly tenían en común. No  
También yo tenía un regalo para ella: un paquetito que lle-  
cambiarían jamás porque su carácter se había formado antes  
vaba en el bolsillo, y que me pareció más pequeño incluso  
de hora; lo cual, de la misma manera que los enriquecimien-  
cuando vi, en medio de la cama y envuelta con cinta roja, la  
tos repentinos, produce desproporciones: la una se había atri-  
maravillosa pajarera.

buido a sí misma el fachendoso papel de persona seria y realis-  
-Pero ¡Holly! ¡Es horrible!

ta; la otra, el de desviacionista romántica. Me las imaginé en un  
- E s t o y absolutamente de acuerdo contigo; pero me pare-  
restaurante del futuro, Mildred dedicada todavía a estudiar la  
ció que la querías.

carta desde el punto de vista del valor nutritivo, y Holly con

- ¡ M e refiero al precio! ¡Trescientos cincuenta dólares!

la misma glotonería de ahora por todos y cada uno de los pla-  
Ella se encogió de hombros.

tos. Nada cambiaría nunca. Andarían por la vida, y la abando-

- U n o s cuantos viajes de más al tocador. Pero me has de  
narían, con el mismo paso decidido que apenas toma en cuenta  
prometer una cosa. Me has de prometer que jamás meterás ahí  
esos acantilados que quedan a la izquierda. Estas profundas  
dentro a ningún ser vivo.

observaciones hicieron que me olvidase del lugar en donde me  
Comencé a darle besos, pero ella levantó la mano.

encontraba; volví en mí, sobresaltado por la sombría luz de la

- D a m e el mío -dijo, palpando el bulto de mi bolsillo.

biblioteca, y totalmente sorprendido otra vez de encontrar allí

- M e temo que no es gran cosa.

a Holly. Eran más de las siete, y estaba retocándose el carmín

Y no lo era; una medalla de San Cristóbal. Pero, como mí-

de los labios, y modificando, mediante la adición de un foulard  
nimo, era de Tiffany's.

y unos pendientes, el atuendo que le había parecido más ade-

cuado para una biblioteca a fin de convertirlo en el adecuado

Holly no era una chica capaz de conservar nada, y a estas

para el Colony. Una vez se hubo ido, me acerqué a la mesa en

alturas seguro que ya ha perdido la medalla, que la ha aban-

donde había dejado sus libros, que eran lo que yo quería ver.

donado en alguna maleta o en el cajón de algún hotel. Pero

*El sur del pájaro del trueno. Rincones desconocidos del Brasil. La*

yo sigo conservando la pajarera. La he transportado a Nueva Or-

*mentalidad política latinoamericana.* Y así sucesivamente.

leans, a Nantucket, por toda Europa, Marruecos, el Caribe. Pero

54

55

casi nunca me acuerdo de que fue Holly quien me la regaló,  
de una vaca vieja, seguía ocupando la mayor parte del espacio.

porque hubo un día en que decidí olvidarlo: tuvimos una tre-

Una pieza reconocible como mueble había sido añadida: un

menda pelea, y entre las diversas cosas que se pusieron a dar

camastro militar; y Holly, tratando de conservar su aspecto tro-

vueltas en el ojo de nuestro huracán estuvieron la pajarera y

pical, estaba tendida en él bajo una lámpara solar.

O.J. Berman y mi cuento, pues le di un ejemplar a Holly cuan-

-¿Lograste convencerla?

do aquella revista universitaria lo publicó.

- ¿D e que no me había acostado con José? Santo Dios, sí.

A mediados de febrero Holly se fue de viaje turístico in-

Simplemente le dije, bueno, ya sabes: fingí que se trataba de  
vernal con Rusty, Mag y José Ybarra-Jaegar. Nuestro altercado  
una torturada confesión, le dije que yo era bollera.

ocurrió poco después de su regreso. Holly estaba más negra

- E s imposible que se lo creyese.

que si se hubiese untado con yodo, el sol le había aclarado el

- Y un cuerno que no se lo creyó. ¿Por qué crees que se

cabello hasta dejárselo de un blanco fantasmagórico, y se lo  
fue a comprar este catre de campaña? Déjalo en mis manos:

había pasado muy bien:

cuando se trata de escandalizar a la gente, no tengo rival. Sé

-Mira, primero estuvimos en Key West, y Rusty se enfu-

bueno, dame un poco de aceite en la espalda. -Mientras le

reció con unos marineros, o fue al revés, no sé, la cuestión es

hacia este servicio, ella prosiguió:- O. J. Berman ronda por aquí

que tendrá que llevar una faja para la espalda durante el resto

y, sabes, le he dado tu cuento, el de la revista. Le ha impresio-

de sus días. Mi queridísima Mag también terminó en el hospi-

nado bastante. Ahora cree que quizá valga la pena echarte una

tal. Quemaduras de sol, de primer grado. Repugnante: ampo-

mano. Pero dice que no vas por el buen camino. Negros y

llas y aceite de citronella por todo el cuerpo. Así que José y

niños, ¿a quién le importan?

yo les dejamos en el hospital y nos fuimos a La Habana. El

- D e d u z c o que a Mr. Berman no le interesan.

dijo espera a ver Río; pero, por lo que a mi respecta, me con-

- N i a mí. He leído el cuento dos veces. Mocosos y negra-

formo con La Habana para gastarme allí todo mi dinero. Tu-

zos. Hojas temblorosas. *Descripciones*. No me dice nada.



vimos un guía de los que no se olvidan, negro en un ochenta  
Mi mano, que estaba extendiendo el aceite sobre su piel,  
por ciento, y chino el resto, y aunque no me gusta mucho ni  
pareció reaccionar por su cuenta: tenía ganas de alzarse para  
lo uno ni lo otro, la combinación era francamente fascinante;  
caer sobre las nalgas de Holly.

así que le dejé que jugara a hacer rodillitas por debajo de la me-  
- D a m e un ejemplo -dije sin acalorarme-. Un ejemplo de  
sa porque, para serte franca, no me pareció en absoluto vulgar;  
una historia que, en tu opinión, diga algo.

pero una noche nos llevó a ver una película porno, y ¿qué te  
-*Cumbres borrascosas* -dijo ella, sin dudarlo.

imaginas que pasó? Pues que salía él en la pantalla. Natural-  
Los deseos de mi mano comenzaban a escapar de mi control.  
mente, cuando regresamos a Key West Mag estaba segura de  
-Compararme con eso es una insensatez. Hablas de una  
que me había pasado todos los días acostándome con José. Y  
obra genial.

Rusty lo mismo: pero a él estas cosas le dan igual, sólo quiere  
-¿Verdad que lo es? *Mi dulce y salvaje Cathy*. Dios mío,  
que se lo cuentes con todo detalle. De hecho, la situación fue  
lloré a mares. La vi diez veces.

bastante tensa hasta que hablé con Mag de corazón a corazón.

Dije «Ah» con palpable alivio, un «Ah» acompañado de una  
Nos encontrábamos en la sala, en donde, aunque ya está-  
inflexión de ignominiosa superioridad, «la *película*».

bamos casi en marzo, el enorme árbol de Navidad, pardo y  
Sus músculos se endurecieron, era como tocar una piedra  
desprovisto ya de olor, con sus globos arrugados como las tetas  
recalentada por el sol.

56 57

- T o d o el mundo tiene que sentirse superior a otros - d i j o - ,  
cuando nos cruzábamos por la escalera. Si ella entraba en el  
pero, antes de demostrárselo a quien sea, es costumbre ofrecer  
bar de Joe Bell, yo me iba. Hubo una ocasión en la que Sap-

alguna prueba.

phia Spanella, la soprano y aficionada al patinaje que vivía en

- No estoy comparándome contigo. Ni con Berman. Por

el primer piso, hizo circular entre los demás inquilinos de la  
lo tanto, puedo sentirme superior. No buscamos lo mismo.

casa una demanda de deshaucio contra Miss Golightly, que,

- ¿No quieres ganar dinero?

decía Madame Spanella, era una persona «moralmente censu-

- Mis planes no llegan tan lejos.

nable» que «perpetra reuniones nocturnas que ponen en peli-

- A eso justamente suenan tus historias. Como si estuvie-

gro la seguridad y la salud mental de sus vecinos». Aunque

ras escribiéndolas sin saber el final. Pues mira, te diré una cosa:

me negué a firmarla, admití interiormente que las quejas de

mejor sería que ganases dinero. Tienes una imaginación bas-

Madame Spanella eran justificadas. Pero su demanda fracasó,

tante cara. No encontrarás a mucha gente que pueda comprar-

y, cuando abril se aproximaba a mayo, las cálidas noches pri-

te pajareras.

maverales de ventanas abiertas se cargaron del espantoso es-

- Lo siento.

trueno de los ruidos de las fiestas, el tocadiscos a todo volu-

- Lo sentirás de verdad como me pegues. Hace un minuto

men y las risas de martini que salían del apartamento 2.

estabas a punto de hacerlo: te lo he notado en la mano; y

No era una novedad, sino todo lo contrario, que hubiese

ahora también tienes ganas.

tipos sospechosos entre los invitados de Holly; pero un día de

Y lo hice, brutalmente; aún me temblaba la mano, y el

finales de esa primavera, al entrar en la casa, me fijé en un

corazón, cuando tapé el frasco de aceite solar.

hombre muy provocativo que estaba examinando el buzón de

-Pues no, no me arrepiento. Sólo siento que te hayas gas-

Holly. Un tipo de cincuenta y pocos años, facciones duras y

tado tanto dinero conmigo. Es muy duro tener que ganárselo

curtidas, y ojos grises tristes. Llevaba un viejo sombrero gris con Rusty Trawler.

con manchas de sudor, y su barato traje de verano, azul pálido.

Se sentó en el catre, con la cara y los pechos desnudos

do, le caía muy holgado sobre su larguirucho esqueleto; sus

fríamente azulados a la luz de la lámpara solar.

zapatos marrones eran nuevos. No parecía tener intención de

-Necesitarás unos cuatro segundos para ir de aquí a la puer-

llamar al timbre de Holly. Se limitaba a pasar, lentamente,

ta. Te concedo dos.

como si leyera Braille, un dedo por el relieve de las letras de

su nombre.

Subí directamente a mi piso, cogí la pajarera, la bajé y la

Por la noche, cuando me iba a cenar, volví a verle. Estaba

dejé delante de su puerta. Esta parte del asunto quedaba re-

en la acera de enfrente, apoyado en un árbol y mirando las

suelta. O eso imaginé yo hasta la mañana siguiente, cuando,

ventanas de Holly. Por mi cabeza circularon toda clase de si-

camino del trabajo, encontré la jaula metida en un cubo, espe-

niestras especulaciones. ¿Podía tratarse de un detective? ¿Algún

rando la llegada de los basureros. No sin vergüenza, la rescaté

enviado de los bajos fondos, relacionado con Sally Tomato,

y volví a subirla a mi casa, pero esta capitulación no debilitó

su amigo de Sing Sing? La situación reavivó mis más tiernos

mi resolución de apartar totalmente a Holly de mi vida. Deci-

sentimientos por Holly; era justo que interrumpiese nuestro

dí que era una «vulgar exhibicionista», una «pérdida de tiem-

enfado el tiempo suficiente como para advertirle que estaban

po», una «farsante»: alguien con quien jamás volvería a hablar.

vigilándola. Mientras me encaminaba a la esquina y dirigía mis

Y no lo hice. Durante bastante tiempo. Bajábamos la vista

pasos hacia el Hamburg Heaven de la esquina de Madison con

58

59

la Setenta y nueve, noté que la atención de aquel hombre se

- U s t e d es el *padre* de Holly.

centraba en mí. Al poco rato, sin volver la cabeza, noté que

El hombre parpadeó, frunció el ceño.

me seguía. Porque le oí silbar. Y no era una cancioncilla co-

- N o se llama Holly. Antes se llamaba Lulamae Barnes.

rriente, sino la quejumbrosa canción de las praderas que Holly

Antes -dijo, cambiando de sitio el palillo que tenía aún en la

tocaba a veces con su guitarra: *No quiero dormir, no quiero morir,*

b o c a - de casarse conmigo. Soy su marido. Doctor Golightly.

*sólo quiero seguir viajando por los prados del cielo.* Seguí oyendo

Soy médico de caballos, veterinario. También trabajo un poco

el silbido por Park Avenue y Madison arriba. Una vez, mientras

la tierra. Cerca de Tulip, en Texas. ¿De qué se ríe, muchacho?

esperaba a que el semáforo cambiase, vi por el rabillo del ojo

No era una verdadera risa: simple nerviosismo. Tomé un

que se agachaba para acariciar a un sucio pomeranio.

poco de agua, me atraganté; él me golpeó la espalda.

-Magnífico animal - l e dijo al dueño, con una voz rural,

- E s t o no es cosa de risa, muchacho. Soy un hombre cansa-

afónica.

do. Hace cinco años que busco a mi mujer. En cuanto recibí

El Hamburg Heaven estaba vacío. Sin embargo, tomó asien-

la carta de Fred en la que me decía dónde estaba, compré un

to en el mostrador, justo a mi lado. Olía a tabaco y sudor.

billete de la Greyhound. Lulamae debería estar en casa, con su

Pidió un café, pero cuando se lo sirvieron ni lo tocó. En lugar

marido y sus hijos.

de tomárselo, estuvo mordisqueando un palillo y estudiándo-

-¿Hijos?

me en el espejo que teníamos delante de nosotros.

- S o n éstos -dijo, casi gritando. Se refería a los otros cuatro

-Disculpe - l e dije, hablándole por el espejo-, ¿se puede

rostros jóvenes de la foto, dos niñas descalzas y un par de chicos

saber qué quiere?

con mono. Bueno, era obvio: aquel hombre era un demente.

La pregunta no le azoró; pareció aliviado de que se la hubiese hecho.

mayores que ella. Más altos.

- Muchacho, necesito un amigo -dijo.

- No he dicho, muchacho - dijo él, explicándomelo con calma-, que los haya parido ella. La maravillosa madre de estos niños, aquella maravillosa mujer, que Dios la tenga en su gloriante agrietada, borrosa y frágil que me tendió. Había siete personas en la foto, amontonadas bajo el hundido porche de El año de la sequía. Cuando me casé con Lulamae ya era 1938, una espantosa casa de madera, y, aparte de él, que le pasaba el diciembre, ella estaba a punto de cumplir los catorce. Es posible por la cintura a una chica gorda y rubia que se hacía una persona corriente, con sólo catorce años, no su sombra con la mano sobre los ojos, todos eran niños.

piera lo que se hacía. Pero Lulamae es otra cosa, una mujer

- Es e soy yo -dijo, señalándose-. Esa es ella... - Dijo un excepcional. Sabía muy bien lo que estaba haciendo cuando golpecito sobre la chica rolliza-. Y ese de ahí -añadió, indíme prometió ser mi esposa y la madre de mis hijos. Y nos cando a un chico alto como un chopo y con pelo de estopa- rompió el corazón a todos cuando se fue de aquella manera. es su hermano Fred.

-Sorbí un poco de café ya enfriado, y me miró con interrogadora vehemencia-. Y ahora, muchacho, ¿dudas de lo que te traer cierto parecido embriónico con Holly en la chica de gordigo? ¿Crees que lo que te digo es cierto? das mejillas que bizqueaba bajo el sol. Justo en ese momento Le creí. Era demasiado implausible para no ser cierto; es comprendí quién debía de ser aquel hombre.

más, encajaba con la descripción que había hecho O. J. Ber-

60

61

man de la Holly que conoció en California. «No sabías si era mas a los ojos. La noche de mi declaración lloré como un crío. una palurda, o si venía de Oklahoma o qué.» No se le podían «¿Por qué lloras, Doc? - m e dijo ella-. Pues claro que puede echar las culpas a Berman por no haber adivinado que era una mos casarnos. Sera mi primera boda.» Me hizo reír, la verdad, niña casada, de Tulip, estado de Texas.

y la abracé y la besé: *¡Será mi primera boda!*-Rió un poco, y - N o s rompió el corazón a todos cuando se fue de aquella durante un momento volvió a morder el palillo-, ¡No me diga manera -repitió el médico de caballos-. No tenía por qué. El que no era una mujer feliz! - d i j o , en tono desafiante-. Todos trabajo de la casa lo hacían las niñas. Lulamae podía darse la la mimábamos. No tenía que levantar un dedo, como no fuera buena vida: revolotear ante los espejos y lavarse el pelo. Te- para comerse algún pedazo de pastel. Como no fuera para pei- níamos vacas, teníamos huerto, gallinas, cerdos: muchacho, esa narse y mandar a alguien por todas las revistas. Debieron de chica se puso gorda de verdad. Y, mientras, su hermano crecía entrar revistas por valor de cien dólares en esa casa. Si quiere y crecía hasta convertirse en un gigante. Todo un m u n d o de saber mi opinión, eso fue lo que tuvo la culpa. Tanto mirar diferencia en comparación a como estaban cuando se queda- fotos de gente ostentosa. Tanto leer sueños. Eso fue lo que la ron a vivir con nosotros. Fue Nellie, mi hija mayor, fue Nellie empujó a dar los primeros pasos por el camino. Cada día an- la que los trajo a casa. Vino una mañana y me dijo: «Papá, daba un poco más: un kilómetro, y volvía a casa. Dos kilóme- tengo a un par de pilletes encerrados en la cocina. Les he sor- tros, y volvía a casa. Un día, simplemente, siguió adelante. prendido afuera, robando leche y huevos de pava.» Eran Lula- - V o l v i ó a posar las manos sobre sus ojos; su respiración pro-

mae y Fred. Bueno, pues en su vida habrá visto dos críos que  
ducía un ruido r o n c o - . El cuervo que le di se volvió loco y  
dieran tanta pena como ellos. Les asomaban las costillas por  
huyó. Seguimos oyéndole todo el verano. En la era. En el huer-  
todos lados, y tenían las piernas tan canijas que no les soste-  
to. En los bosques. El maldito pájaro se pasó todo el verano  
nían en pie, y los dientes se les movían tanto que no les ser-  
gritando: Lulamae, Lulamae.

vían ni para masticar un puré. Contaron que su madre había  
Se quedó encorvado y silencioso, como si estuviera escu-  
muerto de tuberculosis, lo mismo que su papá; y que todos  
chando la canción de aquel antiguo verano. Llevé la cuenta de  
los hijos, un buen montón, fueron enviados a vivir con diver-  
los dos a la caja. Mientras yo pagaba, se me acercó. Salimos  
sas personas a cuál más mezquina. Pues bien, Lulamae y su  
juntos y nos fuimos andando hacia Park Avenue. Era una  
hermano habían estado en casa de algún mezquino don nadie,  
noche fría, ventosa; la brisa agitaba sonoramente los flácidos  
a ciento cincuenta kilómetros al este de Tulip. Lulamae tuvo  
toldos. Seguimos andando en silencio hasta que yo le dije:  
buenos motivos para escaparse de aquella casa. Y ninguno para  
- ¿ Y su hermano? ¿No se fue?

irse de la mía. Era su hogar. - A p o y ó los codos en el mostra-  
- N o - d i j o , carraspeando-. Fred se quedó con nosotros  
dor y, apretándose los ojos cerrados con los dedos, suspiró-.  
hasta que se lo llevó el ejército. Buen chico. Bueno para los  
Engordó tanto que acabó convirtiéndose en una mujer verda-  
caballos. Tampoco él entendió qué le había pasado a Lulamae,  
deramente guapa. Y muy animada. Locuaz como un arrenda-  
cómo había podido abandonar a su hermano y su marido y  
jo. Siempre tenía algún comentario ingenioso sobre el tema  
sus niños. Pero en cuanto estuvo en el ejército, Fred comenzó  
que fuese: mejor que la radio. Y antes de que me diera cuenta  
a tener noticias de ella. El otro día me mandó una carta con  
ya me había puesto a recoger flores. Domestiqué un cuervo

sus señas. Por eso vine a buscarla. Sé que lamenta haber hecho para regalárselo, y le enseñé a decir Lulamae. Y le di a ella lo que hizo. Sé que quiere volver a casa.

lecciones de guitarra. De sólo mirarla se me saltaban las lágrimas. Parecía estar pidiéndome que me mostrara de acuerdo con

62

63

él. Yo le dije que en mi opinión iba a encontrar bastante camdesengaño. Hasta que él llegó a su altura, avergonzado y tímido. biada a Holly, o Lulamae.

-Caray, Lulamae -comenzó a decir, pero tuvo un momen-

-Escúchame, muchacho -dijo, cuando llegamos a la esca-

to de vacilación porque Holly le miraba con desconcierto, co-

lera del portal-, ya te he dicho que necesito un amigo. Por-

mo si no consiguiera identificarle del todo-. Vaya, cariño -añaque

que no quiero darle una sorpresa. Nada de sustos. Por eso he

dió por fin-, ¿no te dan de comer por estos pagos? Qué flaquí-

estado esperando. Pórtate como un amigo: dile que he venido.

sima estás. Como el día en que te conocí. Con ojos de loca.

La idea de hacer las presentaciones entre Miss Golightly y

Holly le tocó la cara; palpó con sus dedos la realidad de

su marido tenía aspectos satisfactorios; y, alzando la vista hacia su mentón, de su barba de dos días.

sus iluminadas ventanas, confié en que estuvieran con ella sus

-H o l a , Doc - d i j o Holly con amabilidad, y le besó en la

amigos, pues la perspectiva de ver el momento en que el teja-

mejilla-. Hola, Doc -repitió alegremente mientras él la levan-

no les estrechara la mano a Mag y Rusty y José, me resultaba

taba del suelo con un abrazo capaz de estrujarle las costillas.

más satisfactoria incluso. Pero la grave y orgullosa mirada de

-Caray, Lulamae - d i j o él, estremecido por una risa de ali-

Doc Golightly, su sombrero sudado, hicieron que me avergon-

vio-. La venida del Reino.

zase de mis expectativas. Entró detrás de mí en el edificio, y

Ninguno de los dos se fijó en mí cuando me colé por de-



se dispuso a esperar al pie de la escalera.

trás de ellos para subir a mi habitación. Tampoco parecieron

- ¿T e n g o buen aspecto? -susurró, desempolvándose las mangas, ajustándose el nudo de la corbata.

abrió su puerta y chilló:

Holly estaba sola: Abrió enseguida; en realidad estaba a

-¡Callarse! Qué vergüenza. Lárgate a hacer de puta a otra punto de salir: las zapatillas de satén blanco y las grandes dosis parte.

de perfume anunciaban la inminencia de una fiesta lujosa.

- L o siento, idiota - m e dijo, y, jugando, descargó el bolso -¿*Divorciarme* de él? No me he divorciado. Pero, por Dios, contra m í - . Tengo demasiada prisa para hacer las paces ahora. si yo tenía sólo catorce años. No pudo ser legal. - H o l l y dio unos

¿Te parece que dejemos para mañana lo de fumar la pipa?

golpecitos en su vacía copa de martini-. Otros dos, Mr. Bell.

-Claro, Lulamae. Suponiendo que mañana estés todavía por Joe Bell, en cuyo bar estábamos sentados, aceptó el pedido aquí.

de mala gana.

Se sacó las gafas oscuras y me miró bizqueando. Era como

- E s muy temprano para agarrar una curda - s e quejó, mas- si sus ojos fuesen prismas fragmentados, y las notas azules y ticando una pastilla digestiva. Según el negro reloj de caoba grises y verdes no fueran más que pedazos fotos de su antiguo que había al otro lado de la barra, aún no era mediodía, y centelleo.

ya nos había servido tres rondas.

- T i e n e que ser él quien te lo ha dicho - m e dijo con una

- P e r o si es domingo, Mr. Bell. Los relojes van más lentos vocecilla temblorosa-. Dímelo, por favor. ¿*Dónde está?* - D e - los domingos. Además, todavía no me he acostado - l e dijo, jándome atrás, se precipitó escaleras abajo-, ¡Fred! -gritó por y, más confidencialmente, me confesó-: Al menos para dor-

el hueco-, ¡Fred! ¿Dónde estás, mi Fred?

mir. - Se sonrojó, y desvió la mirada con aire culpable. Por Oí los pasos de Doc Golightly, que empezaba a subir los vez primera desde que la conocía, parecía sentir necesidad de peldaños. Su cabeza se asomó por la barandilla, y Holly retro- justificarse-: Mira, tenía que hacerlo. Doc me quiere de ver- cedió, no tan asustada como para refugiarse en una concha de dad, sabes. Y yo le quiero a él. Es posible que *a ti* te haya

64

65

parecido viejo y repulsivo. Pero no sabes lo dulce que es, la der. Nos hemos dado la mano, nos hemos abrazado, y me ha confianza que puede inspirarles a los pájaros y a los mocosos deseado buena suerte. - E c h ó una mirada al reloj-. A esta hora y a otras cosas frágiles. Cuando alguien te da su confianza, ya debe de estar en los Montes Azules.

siempre te quedas en deuda con él. Siempre me he acordado - ¿ D e qué habla? - m e preguntó Joe Bell.

de Doc en mis oraciones. ¡Y deja de burlarte, por favor! - m e Holly alzó su martini:

pidió, aplastando una colilla-. Suelo rezar mis oraciones.

-Deseémosle suerte a Doc - d i j o , haciendo chocar su copa

- N o me burlo. Sólo sonrío. Eres la persona más descon- contra la m í a - . Buena suerte, y créeme, queridísimo Doc, es certante del mundo.

mejor quedarse mirando al cielo que vivir allí arriba. Es un

- S u p o n g o que sí - d i j o , y su rostro, al que la luz de la sitio tremendamente vacío. No es más que el país por donde mañana daba un aspecto macilento, castigado, se iluminó; se corre el trueno y todo desaparece.

alisó el despeinado cabello, y sus variados colores brillaron como en un anuncio de c h a m p ú - . Seguro que tengo un as- QUINTA BODA DE TRAWLER. Vi el titular cuando iba en pecto terrible. Pero lo mismo le hubiese ocurrido a cualquiera. metro por Brooklyn. El periódico que lo desplegaba en ban-

Nos hemos pasado el resto de la noche caminando de un lado a otro. El único pasajero era de otro pasajero. El único fragmento del texto que yo para otro en una estación de autobuses. Hasta el último minuto, Doc estaba convencido de que me iría con él. A pesar de que yo le estaba repitiendo todo el rato: Pero Doc, ya no nazis, se fugó ayer a Greenwich para casarse con una guapa... No tengo catorce años, y no soy Lulamae. Pero lo más terrible, y sentía deseos de leer nada más. Así que Holly se había casado lo comprendí mientras estábamos esperando allí, es que lo soy con él, vaya, vaya. Sentí deseos de que me arrollara un tren. Todavía ando robando huevos de pava y corriendo entre zarzales. Pero ya había deseado eso mismo antes de haber avistado el zales. Con la diferencia de que ahora lo llamo tener la malea. titular. Por un puñado de razones. No había vuelto a ver a Joe Bell dejó desdeñosamente los nuevos martinis delante Holly, a hablar con ella, desde nuestro ebrio domingo en el de nosotros.

bar de Joe Bell. Las semanas transcurridas desde entonces me - No se enamore nunca de ninguna criatura salvaje, Mr. Bell habían provocado mi propia malea. En primer lugar, me ha - le aconsejó Holly. Esa fue la equivocación de Doc. Siem - bían despedido de mi empleo: merecidamente, y por un di - pre se llevaba a su casa seres salvajes. Halcones con el ala rota. vertido ejemplo de mala conducta, tan complicado que no Otra vez trajo un lince rojo con una pata fracturada. Pero no puedo referirlo aquí. Además, el centro de reclutamiento que hay que entregarles el corazón a los seres salvajes: cuanto más me correspondía estaba demostrando un fastidioso interés por se lo entregas, más fuertes se hacen. Hasta que se sienten lo mi persona; y, tras haberme librado tan recientemente de la suficientemente fuertes como para huir al bosque. O subirse estricta normatividad de una ciudad pequeña, la idea de some - volando a un árbol. Y luego a otro árbol más alto. Y luego al

terme a otra forma de vida disciplinada me desesperaba. Entre cielo. Así terminará usted, Mr. Bell, si se entrega a alguna criala incertidumbre respecto a mi presunta movilización, y mi captura salvaje. Terminará con la mirada fija en el cielo.

rencia de experiencias laborales concretas, no parecía haber

- E s t á borracha - m e informó Joe Bell.

modo de encontrar otro trabajo. Eso era lo que estaba hacien-

- U n poco - c o n f e s ó H o l l y - . Pero Doc me entiende. Se lo do en aquel metro de Brooklyn: regresar de una decepcionante he explicado con todo detalle, y eran cosas que podía enten- entrevista con el director de un periódico ya fallecido, el *PM*.

66

67

Todo esto, combinado con el agobiante calor de la ciudad en

Luego oí a Madame Spanella que, abajo, le ordenaba a otro verano, me había dejado reducido a un estado de inercia nerreción llegado que fuera por la policía.

viosa. De modo que cuando deseaba que me arrollase un tren -Cállese - l e dijeron-. Y apártese de mi camino.

lo hacía bastante en serio. El titular hizo que ese deseo se rea-

Era José Ybarra-Jaegar, cuyo aspecto no era en absoluto el firmara. Si Holly era capaz de casarse con aquel «absurdo feto», del elegante diplomático brasileño, sino el de una persona sume daba igual que me atropellase todo el ejército de injustidorosa y asustada. A mí también me ordenó que le dejara el cias que andaba rampante por el mundo. A no ser, y la pre-paso libre. Y, con su propia llave, abrió la puerta.

gunta era evidente, que mi escandalizado enfurecimiento fuese

- P o r aquí, doctor Goldman - d i j o , cediendo el paso al en parte consecuencia de que también yo estaba enamorado hombre que le acompañaba.

de Holly. En parte. Porque sí lo estaba. De la misma manera

C o m o nadie me lo impidió, les seguí al interior del apartaque años atrás me había enamorado de la vieja cocinera negra mento, que estaba terriblemente destrozado. Por fin había sido

de mi madre, y de un cartero que me permitía acompañarle desmantelado, literalmente, el árbol navideño: sus secas ramas en su ronda, y de toda una familia, los McKendrick. También pardas estaban esparcidas por entre una confusión de libros esa clase de amor genera celos.

con las páginas arrancadas, lámparas rotas, y discos de gramófono. Cuando llegué a mi parada compré el periódico; y, al leer el final de aquella frase, descubrí que la novia de Rusty era perdigado por toda la habitación: por las paredes resbalaban *una guapa modelo de las colinas de Arkansas, Miss Margaret* huevos crudos, y, en medio de los escombros, el gato sin nombre de Holly lameteaba tranquilamente un charco de leche. de alivio que tuve que tomar un taxi para que me llevase el En el dormitorio sentí deseos de vomitar tan pronto como trecho que quedaba hasta mi casa.

percibí el olor de los rotos frascos de perfume. Pisé las gafas Madame Sapphia Spanella me recibió en el portal, con mi- oscuras de Holly; estaban en el suelo, con los cristales ya rotos rada demente y retorciéndose las manos.

y la montura partida por la mitad.

- C o r r a - d i j o - . Vaya por la policía, ¡Esa chica está ma- Quizá era ésta la razón por la cual Holly, aquella figura tando a alguien! ¡Alguien está matándola a ella! rígida de la cama, miraba tan cegatamente a José, y no parecía Sonaba verídico. C o m o si varios tigres anduvieran sueltos haber visto al médico que, mientras le tomaba el pulso, can- por el apartamento de Holly. Un jaleo de cristales rotos, ras- turreaba:

gaduras y caídas y muebles volcados. Pero la ausencia de gri- -Jovencita, está usted muy cansada. Mucho. Ahora querrá tos en medio de todo aquel ruido le daban al estruendo un dormir, ¿verdad que sí? Ande, duérmase. aspecto antinatural.

Holly se frotó la frente, y se dejó una mancha de sangre  
- ¡ C o r r a ! - c h i l l ó Madame Spanella, empujándome-, ¡Dí-  
porque se había cortado un dedo.

gale a la policía que ha habido un asesinato!

- D o r m i r -dijo, y sollozó como un crío exhausto, inquieto-  
Corrí; pero hacia arriba, en dirección a la puerta de Holly.  
t o - . Sólo él me dejaba dormir. Y abrazarle las noches frías. Vi  
Aporreándola, logré un resultado: el estruendo amenguó su in-  
una finca en México. Con caballos. Junto al mar.

tensidad. Paró del todo. Pero nadie respondió a m i s súplicas  
José desvió la mirada, la visión de la aguja hipodérmica le  
pidiendo que me dejara entrar, y mis esfuerzos por derribar la  
mareaba.

puerta sólo culminaron en un buen cardenal en mi hombro.

- ¿ S u enfermedad sólo es pesar? -preguntó, y su defectuo-  
68

69

so conocimiento del idioma dio un matiz de involuntaria iro-  
han hecho un gran favor. Nos hace reír mucho: que ellos crean  
nía a la pregunta-. ¿Sólo es pena?

romper nuestros corazones cuando lo que nosotros *queremos*

-¿Verdad que no le ha dolido? ¿Verdad que no? -preguntó

es que se vayan. Se lo aseguro, cuando llegó la pena estába-

el médico, frotando el brazo de Holly con un poco de algodón.

mos riendo. - S u s ojos recorrieron el estropicio esparcido por

Holly despertó lo suficiente como para enfocar la imagen

el suelo; recogió un papel amarillo arrugado-. Esto -dijo.

del médico.

Era un telegrama de Tulip, estado de Texas: *Recibida noti-*

*-Todo duele. ¿Dónde están mis gafas?*

*cia joven Fred muerto en combate ultramar stop tu marido e hijos*

Pero no las necesitaba. Estaban cerrándosele los ojos por

*compartimos dolor mutua pérdida stop sigue carta te quiero Doc.*

su propia cuenta.

-¿Sólo es pena? -insistió José.

Holly no habló nunca más de su hermano, con una sola - p o r favor - e l médico le trató secamente-, déjeme solo excepción. Es más, dejó de llamarme Fred. Durante junio, julio con la paciente.

y los demás meses cálidos estuvo hibernando como un animal José se retiró a la otra habitación, en donde dio rienda suelta que no se hubiese enterado de que la primavera había llegado a su enfado contra la presencia fisgona de Madame Spaney hasta terminado. Se le oscureció el cabello, engordó. Comen-lla, que había entrado de puntillas.

zó a vestir desaliñadamente; bajaba a la charcutería con el im- - ¡ N o me toque, o llamaré a la policía! -gritó la mujer impermeable puesto directamente encima de la piel. José se mudó nazadoramente mientras él la expulsaba hacia la puerta con a su apartamento, y su nombre reemplazó al de Mag Wild- maldiciones en portugués.

wood en la tarjeta del buzón. De todos modos, Holly se pasa- También consideró la posibilidad de expulsarme a mí; o ba sola muchas horas, porque José se quedaba en Washington eso deduje de su expresión. Pero me invitó a una copa. La tres días a la semana. Durante sus ausencias Holly no recibía única botella entera que logramos encontrar era de vermut seco. visitas y apenas salía del apartamento como no fuera los jue- - T e n g o una preocupación - d i j o - . Tengo la preocupación ves, para su viaje semanal a Ossining.<sup>1</sup>

de que esto cause escándalo. Que lo haya roto todo. Que haya Lo cual no quiere decir que la vida hubiese dejado de inte- hecho locuras. No debo tener escándalos públicos. Es muy de- resarle; todo lo contrario, parecía más contenta, muchísimo más licado: mi nombre, mi trabajo.

alegre que desde que yo la conocía. Aquel entusiasmo hogare- Pareció reanimarse cuando supo que yo no veía motivo al- ño tan intenso e impropio de ella que de repente la embargó guño de «escándalo»; destruir las propias pertenencias era, pre- produjo como resultado una serie de compras también impro-

sumiblemente, un asunto particular de cada uno.

pías de ella: en una subasta celebrada en Parke-Bernet adqui-

- E s sólo cuestión de pesar -declaró firmemente-. Cuando  
rió un tapiz que representaba a un ciervo acorralado, y, de entre  
vino la tristeza, primero tira la copa que bebe. La botella. Los  
las antiguas propiedades de William Randolph Hearst, una som-  
libros. Una lámpara. Entonces me asusto. Corro por un médico.  
bría pareja de incómodos sillones góticos; se compró la Mo-  
-Pero ¿por qué? -quise saber-. ¿Por qué ha tenido que dar-  
dern Library entera, numerosos discos con los que llenó va-  
le este ataque por Rusty? En su lugar, yo lo hubiera celebrado.  
rios anaqueles, innumerables reproducciones del Metropolitan  
-¿Rusty?

Yo llevaba todavía el periódico. Le enseñé el titular.

1. Población del estado de Nueva York que alberga el penal de Sing Sing.

- A h , eso. -Soltó una sonrisa desdeñosa-. Rusty y Mag nos

(N. del T.)

70

71

Museum (entre ellas, una escultura china que representaba un  
mí me está bien: ¿puede haber algo más bonito que Un recién  
gato, y que su propio gato detestaba y trataba de acobardar  
nacido mulato y con unos preciosos ojos verdes? Me hubiera  
con bufidos, para finalmente destruirla), una batidora, una olla  
gustado, por favor, no te rías, me hubiera gustado haber sido  
a presión, y toda una biblioteca de libros de cocina. Hizo de  
virgen cuando él me conoció, haber sido virgen para él. No es  
ama de casa durante tardes enteras que dedicó a ordenar de  
que me haya liado con auténticas multitudes, como dicen al-  
forma en absoluto sistemática la sauna que era su cocina:  
gunos: y no culpo a esos bastardos por *decirlo*, siempre he vi-  
- D i c e José que cocino mejor que el Colony. La verdad,  
vido en plan loco. Aunque, la verdad, la otra noche eché cuen-  
¿cómo hubiese nadie podido adivinar que yo poseía ese talen-  
tas y sólo he tenido once amantes, sin contar lo que pudiera



to natural? Hace un mes ni siquiera era capaz de hacer unos  
haber ocurrido antes de cumplir los trece años porque, al fin  
huevos revueltos.

y al cabo, eso *no* cuenta. Once. ¿Basta eso para convertirme  
Y, si vamos a eso, seguía siendo incapaz de hacerlos. Los  
en una puta? Fíjate en Mag Wildwood. O en H o n e y Tucker.  
platos más sencillos, un bisté, una ensalada como Dios manda,  
O en Rose Ellen Ward. Han tenido gonorrea tantas veces  
estaban fuera de su alcance. En lugar de eso solía servirle a  
que ya han perdido la cuenta. Desde luego, no tengo nada *con-*  
José, y también a mí algunas veces, sopas  
*tra* las putas. Menos una sola cosa: las hay que no tienen mala  
*outré* (tortuga negra  
al brandy servida en cortezas de aguacate), fantasías neronia-  
lengua, pero no hay ninguna que tenga buen corazón. Quiero  
nas (faisán asado, relleno de granada y placaminero), y otras  
decir que no puedes follarte a un tío y cobrar sus cheques sin  
equivocas innovaciones (pollo y arroz al azafrán servidos con  
al menos *intentar* convencerte a ti misma de que le quieres.  
salsa de chocolate: «Es un clásico caribeño, cariño»). El racio-  
Yo lo he intentado siempre. Incluso con Benny Shacklett y  
namiento bélico del azúcar y la crema de leche suponían un  
toda esa pandilla de roedores. Logré hipnotizarme a mí misma  
estorbo para su imaginación a la hora de preparar postres; no  
hasta convencerme de que aun siendo absolutamente ratoni-  
obstante, una vez consiguió hacer una cosa llamada tapioca  
les, no carecían de cierto encanto. En realidad, aparte de Doc,  
de tabaco; mejor será no describirlo.  
suponiendo que quieras contar a Doc, José es mi primer amor  
Ni describir tampoco sus intentos de aprender portugués,  
no ratonil. Oh, no vayas a creer que es mi tipo ideal. Dice  
una ordalía tan tediosa para ella como para mí, ya que siem-  
mentirijillas y siempre anda preocupado por lo que pueda *pen-*  
pre que iba a verla tenía girando en el gramófono uno de los  
*sar* la gente, y se baña unas cincuenta veces al día: los hom-

discos de la Linguaphone. En esa época, además, no empleables deberían oler, un poco. Es demasiado mojigato, demasiaba casi ninguna frase que no empezara por «Cuando ya este-do prudente para ser mi hombre ideal; siempre se vuelve de mos casados .... , o bien «Cuando vivamos en Río .... Y eso a espaldas para desnudarse, y hace demasiado ruido al comer y pesar de que José no había hablado nunca de matrimonio. Cosa no me gusta verle correr porque corre de una forma un tanto que ella reconocía.

ridícula. Si tuviese la libertad de elegir una persona de entre

- P e r o , al fin y al cabo, él

todas las que hay en el mundo, chasquear los dedos y decir *sabe* que estoy embarazada. Sí,

guapo, lo estoy. Seis semanas. No entiendo por qué tiene que eh, tú, ven para acá, no elegiría a José. Nehru se aproxima bas-sorprenderte una cosa

tante más a lo que yo pido. O Wendell Wilkie. 1 Me confor-

*así* A mí no me ha sorprendido. Ni *un*

*peu*. Estoy encantada. Quiero tener nueve, como mínimo. Estoy

1. Wendell L. Wilkie (1892-1944) fue un influyente político norteamerica-

segura de que habrá unos cuantos que saldrán bastante morenos,

no, y rival republicano de Roosevelt en las elecciones presidenciales de 1940.

José tiene algo de *le nègre*, ya lo habrás adivinado, ¿no? Pero a

(*N. del T.*)

72 73

maría también con la Garbo. ¿Por qué no? Tendríamos que do hostilidad contra él, y raras veces pronunciaba su nombre), poder casamos con hombres o mujeres o... Mira, si me dijeras nos pasábamos juntos veladas enteras durante las cuales ape-que pensabas liarte con un buque de guerra, yo respetaría tus nas si decíamos entre los dos más de cien palabras; en una sentimientos. No, hablo en serio. Habría que permitir toda ocasión bajamos hasta Chinatown, tomamos una cena a base clase de amor. Soy absolutamente partidaria de eso. Sobre todo de chow-mein, compramos farolillos de papel y robamos una

ahora que ya me he hecho una idea bastante aproximada de caja de incienso, y luego cruzamos lentamente el Puente de lo que es. Porque sí, *quiero* a José; dejaría de fumar si me lo Brooklyn, y desde el puente, mientras veíamos a los buques pidiese. Se porta como un amigo, es capaz de provocarme la que salían hacia alta mar deslizarse por entre acantilados de risa hasta incluso cuando tengo la malea, aunque ahora ya no incendiados rascacielos, ella me dijo:

me viene casi nunca, sólo a veces, e incluso esas veces no es - D e n t r o de unos cuantos años, de muchísimos años, uno tan espantosa como para que me dé por tragarme frascos de de esos barcos me traerá de regreso con mis mocosos brasile- Seconal o por ir a Tiffany's: llevo un traje a la tintorería, o ños. Porque, sí, tienen que ver esto, estas luces, el río... Adoro preparo unas setas rellenas, y ya me siento bien, en forma. Otra Nueva York, aunque esta ciudad no sea tan mía como pueden cosa, he tirado todos los horóscopos. Debo de haberme gasta- llegar a serlo algunas cosas, un árbol o una calle o una casa, do un dólar por cada una de las malditas estrellas que hay en algo, en fin, que sea mío porque yo le pertenezco.

el maldito planetario. Es un fastidio, pero la solución consiste Y yo le dije: «Cierra el pico», porque me sentía enfurece- en saber que sólo nos ocurren cosas buenas si somos buenos. doramente excluido, apenas un remolcador en el muelle seco ¿Buenos? Mas bien quería decir honestos. No me refiero a la mientras ella, deslumbrante viajera de seguro destino, salía del honestidad en cuanto a las leyes (podría robar una tumba, hasta puerto entre estruendosas sirenas y flotante confeti.

le arrancaría los ojos a un muerto si creyese que así me alegra- De modo que los días, esos últimos, revolotean en mi me- ría un día), sino a ser honesto con uno mismo. Me da igual ser moria neblinosa, otoñales, tan iguales los unos a los otros como cualquier cosa, menos cobarde, falsa, tramposa en cuestión de hojas: hasta que llegó un día completamente distinto de todos sentimientos, o puta: prefiero tener el cáncer que un corazón

los que he vivido.

deshonesto. Y esto no significa que sea una beata. Soy simple-  
Fue por azar el treinta de septiembre, el día de mi cumple-  
mente una persona práctica. De cáncer se muere *a veces*; de lo  
años, hecho que no tuvo efecto alguno en los acontecimientos,  
otro, siempre. Oh, a la mierda con este asunto. Anda, pásame  
aparte de que, como yo estaba esperando la visita de alguna  
la guitarra, voy a cantarte *un fado* en un portugués *perfecto*.  
forma de recordatorio pecuniario por parte de mi familia,  
Aquellas últimas semanas, las del final del verano y el co-  
me encontraba aguardando con impaciencia la llegada del car-  
mienzo de otro otoño, aparecen borrosas en mi memoria, quizá  
tero de las mañanas. De hecho, bajé a esperarle en la calle.  
debido a que nuestra comprensión mutua llegó a esos maravi-  
Si no me hubiese encontrado haraganeando por allí, Holly no  
llosos extremos en los que llegas a comunicarte más a menu-  
me habría pedido que fuese con ella a montar a caballo; y, en  
do por medio del silencio que con palabras: cierta afectuosa  
consecuencia, no le hubiese dado aquella oportunidad de sal-  
calma reemplaza las tensiones; el parloteo nervioso y la perse-  
varme la vida.

cución mutua que suelen producir los momentos más especta-  
- A n d a - m e dijo cuando me encontró esperando al carte-  
culares, más superficialmente aparentes de una amistad. Con  
r o - . Ven conmigo al parque, alquilaremos un par de caballos.  
frecuencia, cuando *él* no estaba en Nueva York (acabé sintien-  
- S e había puesto un chaquetón, tejanos y zapatillas de tenis;  
74 75

se dio una palmada en el estómago, para subrayar lo plano que  
- N o lo es. Ya te lo he dicho. Aquello no fue legal. Es im-  
lo tenía-. No creas que voy a perder al heredero. Pero es  
posible que lo fuera. - S e frotó la nariz, y me miró de sosla-  
que hay una yegua, mi queridísima Mabel Minerva... No puedo  
y o - . Como se lo cuentes a alguien te colgaré de los pies, te  
irme sin haberme despedido de Mabel Minerva.

aliñaré y te asaré como un cerdo.

-¿Despedido?

Las cuerdas - c r e o que ahora hay allí unos estudios de televisión- estaban en la calle Sesenta y seis oeste. Holly eligió pa- los billetes. -Completamente en trance, dejé que me arrastrara ra mí una vieja yegua blanca y negra de balanceante espinazo. hasta la acera-. Haremos transbordo de avión en Miami. Luego - N o te preocupes, es más segura que la cuna de un bebé. sobrevolaremos el mar. Y los Andes. ¡Taxi!

Lo cual, en mi caso, era una garantía imprescindible, pues Sobrevolar los Andes. Mientras el taxi nos llevaba hacia mi experiencia ecuestre no pasaba de los paseos de diez centa- Central Park tuve la sensación de estar también yo volando, flo- vos en pony durante las fiestas de mi infancia. Holly me ayudó tando desoladamente sobre picos nevados, territorios peligrosos. a encaramarme sobre la silla, montó luego en su propio caba- -Pero no deberías irte. Al fin y al cabo, para qué. Y bien, pa- llo, un animal plateado que se adelantó al mío en cuanto sor- ra qué. Mira, no puedes largarte y abandonar a todo el mundo. teamos el tráfico de Central Park West y entramos en el cami- - N o creo que nadie me eche de menos. No tengo amigos. no especial para jinetes, moteado por las hojas que la brisa - Y o sí. Te echaré de menos. Y también Joe Bell. Y, oh, hacía bailar en el aire.

habrá millones de personas que te echen de menos. Por ejem- -¿Lo ves? -gritó ella-, ¡Es fantástico! plo, Sally. El pobre Mr. Tomato.

Y de repente lo fue. De repente, mientras miraba el cente- - C ó m o me gustaba el viejo Sally -dijo, y suspiró-. ¿Sabes lleo del multicolor cabello de Holly a la luz amarillo rojiza que que hace todo un mes que no voy a verle? Cuando le dije que filtraban las hojas, la amé tanto como para olvidarme de mí iba a irme se portó como un ángel. *De hecho* -dijo, frunciendo mismo, de mis autocompasivas desesperaciones, y contentar-

el ceño-, pareció *encantado* de que me fuera al extranjero. Dijo me pensando que iba a ocurrir una cosa que a ella la hacía que mejor que mejor. Porque tarde o temprano habría líos. feliz. Los caballos adoptaron un trote suave, comenzaron a salir. En cuanto descubriesen que yo no era su sobrina. Ese abogado y yo, a fustigamos el rostro olas de viento, fuimos sucedido gordo, O'Shaughnessy, me mandó quinientos dólares. Por vamente zambulléndonos en charcos de sol y de sombra, y si acaso. Es el regalo de bodas de Sally.

cierto júbilo, cierta alegría de vivir intensísima se puso a brincar. Sentí deseos de mostrarme antipático:

car en mi interior como si me hubiese tomado una copita de - T a m b i é n tendrás un regalo mío. Cuando se celebre la boda, suponiendo que os caséis.

farsa, macabramente disfrazada.

Ella se rió.

Porque de súbito, como si se tratara de una emboscada de -Pues claro que se casará conmigo. Por la Iglesia. Y con toda salvajes en la selva, una pandilla de muchachos negros surgió su familia presente. Por eso esperamos a llegar a Río para la boda.

de entre los matorrales y se plantó en mitad del camino. Los

-¿Sabe él que ya estás casada?

chicos, soltando abucheos, maldiciones, se pusieron a tirarles

- ¿ S e puede saber qué te pasa? ¿Quieres echarme el día a piedras a los caballos y a fustigar con palos sus grupas.

perder? Es un día precioso, no lo estropees.

El mío, la yegua blanca y negra, se levantó sobre sus patas

- P e r o sería perfectamente posible...

traseras, gimoteó, se balanceó como un funámbulo en la cuer-

76

77

-¿Estás seguro? Por favor, dime la verdad. Podrías haberte da, y luego salió disparado como un rayo por el camino, dando tumbos que hicieron que se me salieran los pies de los estri-

matado.

-Pero no ha sido así. Y gracias. Por salvarme la vida. Eres  
bos, y dejándome así muy mal sujeto a él. Sus cascos arran-  
caban chispas de la gravilla. Se inclinó el cielo. Los árboles,  
maravillosa. Unica. Te amo.

un estanque con veleros de juguete, las estatuas, iban pasando  
-Malditó imbécil.

Me besó en la mejilla. Luego vi cuatro Hollys, y caí des-  
como una exhalación. Las niñeras corrían a rescatar a los críos  
para salvarles de nuestra terrible carrera; los hombres, los va-  
mayado.

gabundos, y otras personas me gritaban: «¡Tire de las riendas!»  
Aquella tarde salieron fotos de Holly en la primera plana de  
y «¡So, caballo, so!» y «¡Salte!». Sólo más tarde llegué a recor-  
la última edición del *Journal-American* y en las primeras edicio-  
dar esas voces; en aquel momento sólo tenía conciencia de  
nes del *Daily News* y del *Daily Mirror*. Tanta publicidad carecía  
Holly, de su veloz galopar de cowboy en pos de mí, sin jamás  
por completo de relación con caballos desbocados. Tenía que  
llegar a alcanzarme, repitiéndome gritos de ánimo a cada mo-  
ver con un asunto muy diferente, tal como revelaban los titula-  
mento. Sin parar: cruzamos el parque y salimos a la Quinta  
res: PLAYGIRL DETENIDA EN UN ESCANDALO POR NAR-  
Avenida: desbocada, la yegua se metió en medio del tránsito  
COTRAFICO (*Journal-American*), ACTRIZ DETENIDA POR  
de mediodía, por entre taxis y autobuses que giraban brusca,  
CONTRABANDO DE DROGAS (*Daily News*), DESARTICU-  
chirriantemente, para esquivarme. Pasé delante de la mansión  
LADA UNA RED DE TRAFICANTES. LA POLICIA INTE-  
Duke, el museo Frick, el Pierre y el Plaza. Pero Holly fue ga-  
RROGA A UNA JOVEN DEL GRAN MUNDO (*Daily Mirror*).  
nando terreno; es más, un policía a caballo también andaba  
El *News* era el que publicaba la foto más impresionante:  
persiguiéndome: flanqueando, uno a cada lado, a mi desboca-  
Holly, entre dos musculosos policías, un hombre y una mujer,

da yegua, sus caballos llevaron a cabo un movimiento de pinza en el momento de entrar en la comisaría. En aquel ambiente que la obligó, envuelta en vapor, a detenerse. Fue entonces tan vil, incluso su forma de vestir (seguía llevando la ropa de cuando, por fin, me caí de la silla. Me caí, me levanté y me montar a caballo, el chaquetón y los tejanos) hacía pensar que quedé allí plantado, sin saber muy bien en dónde estaba. Se se trataba de la fulana de algún gángster: y las gafas oscuras, el formó un gran corro. El policía resopló y tomó unos datos; pelo revuelto, y el pitillo de marca Picayune que colgaba de luego se mostró más amable, sonrió, y dijo que ya se encargasus malhumorados labios no contribuían precisamente a borrar aquella impresión. El pie de foto decía: *Holly Golightly, de* Holly paró un taxi.

*veinte años, guapa starlet y conocida personalidad del mundillo ele-*

- ¿ C ó m o te encuentras?

*gante, ha sido acusada por el fiscal del distrito de ser una de las*

-Bien.

*figuras clave de una banda dedicada al contrabando internacional*

-Pero si no tienes pulso -dijo, palpándome la muñeca.

*de drogas cuyo jefe parece ser el gángster Salvatore «Sally» Tomato.*

-Entonces, será que me he muerto.

*Los inspectores Patrick Connor (izq.) y Sheilah Fezzonetti (der.) apa-*

- N o seas idiota. Esto es grave. Mírame.

*recen en la imagen conduciéndola a la comisaría de la calle Sesenta*

El problema era que no podía verla; veía, más bien, varias

*y siete. Más información en la pág. 3.* La información, acompa-

Hollys, un trío de rostros sudorosos y tan empalidecidos de

ñada por la foto de un hombre identificado como Oliver «Fa-

preocupación que me sentí a la vez conmovido y azorado.

ther» O'Shaughnessy (que ocultaba el rostro bajo un sombrero

- D e verdad. No me pasa nada. Sólo que me da vergüenza.

79

78



flexible), ocupaba tres columnas. Parcialmente condensados, para prestar declaración. O'Shaughnessy, un fornido pelirrojo, se ha éstos son los párrafos pertinentes: *Los miembros de la sociedad negado a hablar con la prensa y le ha propinado una patada en elegante se quedaron hoy pasmados ante la detención de la deslum- los riñones a uno de los fotógrafos. En cambio, Miss Golightly, brante Holly Golightly, una starlet de Hollywood que cuenta veinte frágil y despampanante, aunque vestida como un muchacho, con va- años de edad y que es una de las más conocidas figuras del gran queros y chaquetón de cuero, no parecía en absoluto preocupada. "A mundo neoyorquino. A la misma hora, las dos de la tarde, la poli- m í no me pregunten de qué diablos va todo esto" les dijo a los pe- cía sorprendió a Oliver O'Shaughnessy, de cincuenta y dos años, alo- riodistas. "Parce-que je ne sais pas, mes chers" (Porque yo no lo jado en el Hotel Seabord de la calle Cuarenta y nueve oeste, cuando sé, amigos), añadió. «Es cierto, he visitado a Sally Tomato. Iba a salía del Hamburg Heaven de Madison Avenue. Según el fiscal del verle cada semana. ¿Acaso tiene eso algo de malo? Sally cree en distrito, Frank L. Donovan, ambos son figuras destacadas de una Dios, y yo también.»*

*red internacional de traficantes cuyo jefe es Salvatore «Sally» Toma- Más adelante, bajo un ladillo que decía ADMITE SER to, el famoso führer de la mafia, que actualmente cumple en Sing DROGADICTA: Miss Golightly sondó cuando uno de los periodis- Sing una condena de cinco años por un delito de soborno político... tas le preguntó si ella tomaba drogas. «He probado alguna vez la O'Shaughnessy, un sacerdote que colgó la sotana y que en los círcu- marihuana. No es ni la mitad de perjudicial que el brandy. Y sale los de la delincuencia es conocido por los mote de «Father» y «El más barata. Por desgracia, yo prefiero el brandy. No, Mr. Tomato Padre», tiene un historial de detenciones que se remonta a 1934, no me ha hablado nunca de drogas. Me enfurece que ande persi- fecha en la que cumplió dos años de cárcel en su condición de direc- guiéndole todo ese atajo de desdichados. Es una persona sensible, tor de un falso manicomio, El Monasterio, instalado en Rhode Is-*

*religiosa. Un anciano encantador.»*

*land. Miss Golightly, que no tiene antecedentes penales, fue detenida*

Hay un error especialmente grave en esta información: no

*en su magnífico apartamento, situado en un barrio de lujo del East*

*la detuvieron en su «magnífico apartamento». Fue en mi cuar-*

*Side... Aunque la oficina del fiscal del distrito no ha emitido aún*

to de baño. Yo estaba tratando de aliviar mis dolores de jinete

*ningún comunicado oficial, fuentes bien informadas aseguran que la*

en una bañera llena de agua hirviendo con sales de Epsom;

*bella actriz rubia, hasta hace poco compañera permanente del multi-*

Holly, como una buena enfermera, permanecía sentada en el

*millonario Ruthetfurd Trawler, había sido el «enlace» entre Tomato*

borde de la bañera, dispuesta a frotarme con linimento Sloan

*y su principal lugarteniente, O'Shaughnessy... Fingiéndolo ser pariente*

y meterme en la cama. Llamaron a la puerta. Como no estaba

*de Tomato, Miss Golightly visitaba semanalmente, según esas fuen-*

cerrada, Holly gritó «Pase». Y entró Madame Sapphia Spane-

*tes, la cárcel de Sing Sing, desde donde Tomato le facilitaba mensa-*

lla, seguida por un par de inspectores vestidos de paisano, uno

*jes en clave que ella transmitía luego a O'Shaughnessy. Gracias a*

de los cuales era una mujer que llevaba un par de gruesas tren-

*este correo, Tomato, de quien se dice que nació en Cefalú, Sicilia, en*

zas rubias sujetas en lo alto de la cabeza.

*1874, pudo controlar personalmente una mafia mundial dedicada*

- *A h í* está. ¡Ella es la de la orden de busca y captura! - *d i j o*

*al contrabando de narcóticos, con agentes esparcidos por México,*

con voz atronadora Madame Spanella, invadiendo el baño y

*Cuba, Sicilia, Tánger, Teherán y Dakar. Pero la oficina del fiscal*

alzando un dedo acusador primero contra Holly y luego con-

*del distrito se ha negado no sólo a ampliar detalles sobre estas acu-*

tra mi propia desnudez-. Ya lo ven. La muy puta.

*saciones sino también a confirmarlas... Avisados con antelación, un*

El policía pareció azorarse, por culpa de Madame Spanella

*gran número de periodistas se encontraban en la comisaría de la*

y de la situación; pero un austero goce puso en tensión el

*calle Sesenta y siete este cuando los dos acusados han llegado allí*

rostro de su colega, que dejó caer la mano sobre el hombro

80

81

de Holly y, con una voz sorprendentemente aniñada, dijo:

clada en eso *a sabiendas*. Ella no lo sabía. Pero es cierto que

- Ven, chica. Tú y yo nos vamos de paseo.

lo hacía. Transmitía mensajes y qué se yo qué más...

A lo cual Holly le contestó, con la mayor frialdad:

- Así que te lo tomas con toda la calma del mundo, ¿eh?

- Y a puedes sacarme de encima esas manos de palurda, bo-

- dijo él-. Joder, pero si podrían caerle diez años. O más. - Me  
llera repugnante, marimacho ridículo.

arrancó los periódicos de las manos. - Tú conoces a sus ami-

Esto contribuyó a que la mujer se enfureciese todavía más:

gos. Los ricachones ésos. Baja conmigo al bar. Empezaremos a

le dio a Holly una tremenda bofetada. Tan tremenda que le

telefonar. Nuestra amiga necesitará uno de esos abogados tram-

hizo volver la cara hacia el otro lado, y la botella de linimen-

posos de postín, y no creo que a mí me alcance para pagarle.

to, que salió despedida, se hizo añicos contra el suelo, que fue

Me encontraba tan dolorido y tembloroso que no hubiera

donde yo, que había salido corriendo de la bañera dispuesto a

sido capaz de vestirme solo; tuvo que ayudarme Joe Bell. Una

echar mi cuarto a espadas en la reyerta, la pisé, y a punto es-

vez en su bar, me empujó hasta el teléfono, provisto de un

tuve de rebanarme los dos pulgares. Desnudo, y dejando un

martini triple y una copa de brandy repleta de monedas. Pero

rastro de huellas ensangrentadas, seguí el desarrollo de los acon-

no se me ocurría a quién recurrir. José estaba en Washington,

tecimientos hasta el mismo portal de la calle.

y yo no tenía ni la más remota idea de dónde localizarle allí.

- Y no te olvides - se las arregló Holly para pedirme mien-

¿Y Rusty Trawler? ¡Ni pensarlo, era un cabrón! Pero ¿qué

tras los inspectores la empujaban escaleras abajo - de darle de

otros amigos de Holly conocía? Quizá ella había tenido razón comer al gato, por favor.

al decir que no tenía ninguno, ningún amigo de verdad.

Puse una conferencia con Crestview 5-6958, de Beverly

Creí, naturalmente, que Madame Spanella tenía toda la

Hills, el número en el que me había dicho que podría localizar a O. J. Berman. La persona que contestó dijo que a Mr.

autoridades para quejarse de Holly. No se me ocurrió que el Berman le estaban dando un masaje y que no se le podía mostrar asunto pudiera tener dimensiones mucho más calamitosas hasta

lestar, que lo sentía y que probara más tarde. Joe Bell se puso que, por la tarde, apareció Joe Bell blandiendo los periódicos.

hecho una furia, me dijo que tendría que haber dicho que era Estaba demasiado nervioso para hablar con sensatez; mientras

un asunto de vida o muerte; y se empeñó en que llamara a yo leía las informaciones, estuvo armando jaleo en mi habitación.

Rusty. Hablé primero con el mayordomo de Mr. Trawler: Mr. ción, golpeándose un puño contra el otro.

y Mrs. Trawler, me comunicó, estaban cenando, ¿quería que Hasta que por fin dijo:

les transmitiera algún recado? Joe Bell gritó en el auricular:

-¿Crees que es verdad? ¿Es posible que estuviera mezclada

- E s t o es urgente, jefe. De vida o muerte.

en un asunto tan repugnante?

El resultado fue que me encontré hablando con, o, mejor

- P u e s sí.

dicho, escuchando a, la chica que de soltera se había llamado

Se metió una pastilla digestiva en la boca y lanzándome

Mag Wildwood:

una mirada llameante, se puso a masticarla como si estuviera

-¿Estás chiflado? - me preguntó-. Mi marido y yo deman- triturando mis huesos.

daremos, y te lo digo en serio, a cualquiera que trate de rela-

- ¿ N o te da vergüenza? Y decías que eras amigo suyo. ¡Hijo

cionar nuestros nombres con esa as-asquerosa, con esa de-  
de puta!

degenerada. Siempre supe que era una dro-drogota con menos

- E h , espera un momento. No he dicho que estuviera mez-  
sentido ético que una perra en celo. Debería estar en la cárcel.

82

83

Y mi esposo está completamente de acuerdo conmigo. Deman-

El repitió la pregunta, como si la estuviera traduciendo a

daremos, te lo aseguro, a cualquiera que...

otro idioma.

Mientras colgaba, me acordé de Doc, allá en Tulip, estado

- ¡ A h ! ¡ *Dónde* está ella! Ella espera - d i j o y, como si con

de Texas. Pero no, a Holly no le gustaría que le llamase, me

esto me hubiera despedido, reanudó sus actividades de ayuda  
mataría.

de cámara.

Volví a marcar el número de California; las líneas estaban

De modo que el diplomático tenía intención de esfumarse.

ocupadas, siguieron estándolo, y para cuando O. J. Berman se

Bueno, no me sorprendía; ni tampoco lo lamenté en lo más

puso al teléfono, me había tomado tantos martinis que tuvo

mínimo. Pero qué decepción.

que preguntarme por qué le llamaba:

-Merecería que le azotaran con una fusta.

- E s por lo de la niña, ¿no? Ya me he enterado. Ya he ha-

El primo soltó una sonrisilla boba, estoy seguro de que me

blado con Iggy Fitelstein. Iggy es el mejor picapleitos de Nueva

entendió. A continuación cerró la maleta y se sacó una carta

York. Le he dicho que cuide de ella, que me mande la minu-

del bolsillo:

ta, pero que no mencione mi nombre, entiendes. Bueno, estoy

- M i primo, ella me pide que deje esto para su amiga. ¿Hará

un poco en deuda con la niña. Aunque, si vamos a eso, tam-

usted el favor?

poco es que le deba nada. Está loca. Es una farsante. Pero una  
En el sobre había garabateado: *Para Miss H. Golightly.*

farsante *auténtica*, ¿lo recuerdas? En fin, sólo pedían diez mil  
Me senté en la cama de Holly, abracé su gato contra mí, y  
de fianza. No te preocupes, Iggy la sacará esta noche. No me  
sentí por ella tanta, tantísima pena como la que ella podía estar  
extrañaría que ya estuviese en casa.

sintiendo por sí misma.

-Sí, le haré el favor.

Pero no lo estaba; tampoco había regresado a la mañana  
siguiente, cuando bajé a darle de comer al gato. Como no tenía  
Y se lo hice: sin el menor deseo de hacérselo. Pero no tuve  
la llave de su apartamento, bajé por la escalera de incendios y  
valor para romper la carta; ni la fuerza de voluntad suficiente  
me colé por una ventana. El gato estaba en el dormitorio, y  
como para guardármela en el bolsillo cuando Holly preguntó,  
no se encontraba solo: había también un hombre agachado jun-  
en tono muy poco seguro, si, por casualidad, me había llega-  
to a una maleta. Pensando los dos que el otro era un ladrón,  
do alguna noticia de José. Esto ocurrió al cabo de dos días,  
cruzamos sendas miradas inquietas en el momento en que yo  
por la mañana; yo estaba sentado junto a su cama en una ha-  
entraba por la ventana. Era un joven de rostro agrado y pelo  
bitación que olía a yodo y bacinillas, una habitación de hospi-  
engominado que se parecía a José; es más, la maleta que estaba  
tal. Se encontraba allí desde la noche de su detención.

preparando contenía la ropa que José solía tener en casa de

-Pues, chico - me saludó cuando me acerqué de puntillas,

Holly, todos aquellos zapatos y trajes que solían provocar las  
con un cartón de Picayune y un ramito de violetas frescas de  
protestas de ella, pues siempre tenía que estar enviándolos a  
o t o ñ o - , me quedé sin mi heredero.

arreglar y limpiar. Convencido de que así era, le pregunté:

Con su pelo vainilla peinado hacia atrás y sus ojos, des-

- ¿L e ha enviado Mr. Ybarra-Jaegar?

provistos por una vez de las gafas oscuras, transparentes como

- S o y el primo -dijo, con una sonrisa cautelosa y un acen-  
agua de lluvia, parecía que no tuviese ni doce años: no daba  
to meramente comprensible.

la sensación de que hubiese estado tan grave.

-¿Dónde está José?

Pero era cierto:

84

85

- S e ñ o r , por poco la palmo. En serio, esa gorda casi me  
sonrisilla fue empequeñeciéndose y endureciéndose por mo-  
mata. Menudo escándalo que armó. Me parece que no llegué  
mentos. Al final me pidió un Picayune.

a hablarte de la gorda. Al fin y al cabo, ni yo misma la conocí

- Q u é fuerte. Pero está divino - m e dijo, después de dar  
hasta después de que muriese mi hermano. Estaba justo pen-  
una calada; y, entregándome la carta, añadió:- Quizá te sirva,  
sando dónde estaría Fred, qué significaba eso de que hubiese  
si alguna vez escribes alguna historia de amores repugnantes.  
muerto; y entonces la vi, estaba conmigo en la habitación, y  
No seas avaricioso: léela en voz alta. Quiero oírla.

tenía a Fred en sus brazos, acunándole, la muy puta, la malea  
Empezaba así:

en persona meciéndose con Fred en su regazo, y riendo como  
«Queridísima pequeña .....

toda una banda de música, ¡Cómo se burlaba de mí! Pero eso  
Holly me interrumpió inmediatamente. Quería saber qué  
es lo que nos aguarda a todos, amigo mío: esa comediente que  
opinión me merecía su letra. No me merecía ninguna; una letra  
espera para darnos la bronca. ¿Entiendes ahora por qué enlo-  
apretada, m u y legible, en absoluto excéntrica.

quecí y me puse a romperlo todo?

- E s clavada a él. Abotonada hasta el cuello y restreñida  
Aparte del abogado que contrató O. J. Berman, yo era la  
-declaró H o l l y - . Sigue.

única visita autorizada. Holly compartía su habitación con otros

«Queridísima pequeña:

pacientes, un trío de mujeres que parecían trillizas y me exami-

»Te he amado a sabiendas de que no eres como las demás.

naban con un interés que, sin ser enemistoso, era absolutamente

Pero piensa en la desesperación que habré sentido al descubrir

concentrado; estaban siempre susurrando entre ellas en italiano.

de forma tan brutal y pública lo diferente que eras de la clase de

-Creen que eres mi perverso. El tipo que me llevó por el

mujer que un hombre de mi religión y mi carrera necesita

mal camino - me explicó Holly. Y cuando le sugerí que las

como esposa. Lamento sincera y profundamente la desdicha de

sacara de su error, replicó: Imposible. No saben inglés. De

las circunstancias en las que ahora te encuentras, y mi corazón

todos modos, no me gustaría echarles a perder su diversión.

no es capaz de añadir mi propia condena a la condena que te

Fue entonces cuando me preguntó por José.

rodea. Tengo que proteger mi familia, y mi nombre, y cada

En cuanto vio la carta se puso a bizquear, se le arquearon

vez que están en juego esas instituciones me convierto en un

los labios en una sonrisilla de entereza que la avejentó incon-

cobarde. Olvídame, bella chiquilla. Ya no vivo aquí. Me he

mensurablemente.

vuelto a casa. Pero que Dios siga siempre contigo y con tu

- ¿Te importaría - me dijo - abrir ese cajón y darme mi

hijo. Que Dios no se porte tan mal como José.»

bolso? Para leer esta clase de cartas hay que llevar los labios

- ¿Y bien?

pintados.

- En cierto modo parece una carta muy honesta. Y hasta

Guiándose con el espejito de la polvera, se empolvó y se

conmovedora.

pintó hasta borrar todo vestigio de su rostro de niña de doce

-¿Conmovedora? ¡Toda esa sarta de mentiras acojonadas!

años. Usó un lápiz para los labios, y otro para colorearse las



- Pero al menos reconoce que es cobarde; y, desde su punto  
mejillas. Se marcó los bordes de los ojos, sombreó de azul sus  
de vista, tendrías que comprender...

párpados, se roció el cuello con 4711; se adornó las orejas con  
Holly no quiso admitir que comprendía nada; su rostro,  
perlas y se puso las gafas oscuras; provista de esta armadura, y  
no obstante, a pesar de su disfraz cosmético, lo confesaba.

tras un insatisfactorio repaso al descuidado aspecto de su ma-

- De acuerdo, tiene motivos para ser una rata. Una rata ta-  
nicura, rasgó el sobre y leyó la carta de un tirón. Su pétrea  
maño gigante, a lo King Kong, igual que Rusty. O que Benny

86

87

Schacklett. Pero, qué caray, maldita sea -dijo, llevándose todo  
pasaré por Idlewild. Como sabes, me espera allí una magnífica  
el puño a la boca como un crío con una rabieta-, yo le que-  
reserva para un magnífico avión. Y, siendo como eres un buen  
ría. Quería a esa *rata*.

amigo, tú vendrás a despedirme. Deja de decir que no con la  
El trío de italianas imaginó que aquello era una *crise* amo-  
cabeza, *por favor*.

rosa y, atribuyendo las quejas de Holly al motivo que según

- Holly, Holly. No deberías hacer nada de eso.

ellas la causaba, me sacaron la lengua. Me sentí adulado: or-

- *Et pour quoi pas?* No voy a ir corriendo en pos de José, si  
gulloso de que alguien creyese que yo le importaba tanto a

es eso lo que temes. De acuerdo con mi censo, José es un sim-  
Holly. Cuando le ofrecí otro pitillo se tranquilizó un poco.

ple ciudadano del limbo. Pero ¿por qué desperdiciar un bille-

Tragó el humo y me dijo:

te tan magnífico, y que ya está pagado? Además, no he estado

-Bendito seas, chico. Y bendito seas por ser tan mal jine-  
nunca en Brasil.

te. Si no hubiese tenido que hacer de Calamity Jane, ahora

-¿Se puede saber qué clase de píldoras han estado sumi-

estaría esperando que me trajesen la comida en alguna residencia para madres solteras. Gracias al exceso de ejercicio, eso se me acabó. Pero he acojonado a todo el departamento de policía a la torera, te encerrarán y luego tirarán la llave. Y aunque no porque les dije que fue por culpa de la bofetada que me pegó te pillen, jamás podrás regresar a tu país.

Miss Bollera. Sí, señor, puedo demandarles por varios cargos, -Bien, y qué, aguafiestas. De todas maneras, tu país es aquél entre ellos el de detención indebida.

en donde te sientes a gusto. Y aún estoy buscándolo.

Hasta ese momento habíamos evitado toda mención de sus

- No, Holly, es una estupidez. Eres inocente. Tienes que más siniestras tribulaciones, y esta alusión en tono humorístico aguantar hasta que esto acabe.

co me pareció descorazonadora, patética, en la medida en que Me dijo «Ra, ra, ra», y me sopló el humo a la cara. No revelaba de forma definitiva su incapacidad para hacerse cargo obstante, había conseguido impresionarla; sus ojos estaban desde la negra realidad que la aguardaba.

latados por visiones de desdicha, al igual que los míos: celdas -Mira, Holly -dije, pensando: sé fuerte, maduro, como un de hierro, pasillos de acero en los que iban cerrándose sucesivamente suyo-. Mira, Holly. No podemos hacer como si esto fuera un chiste. Hemos de idear algún plan.

vas puertas.

- No te jode -dijo, y aplastó el pitillo con rabia-. Tengo -Eres demasiado joven para adoptar esos aires de seriedad. Demasiado bajito. Y, por cierto, y ¿a ti qué te importa lo bastantes probabilidades de que no me pillen. Sobre todo si que me pase a mí?

tú mantienes la *bouche fermée*. Mira, guapo, no me subvalores.

-Podría no importarme. Pero eres amiga mía, y estoy preo-

- A p o y ó su mano en la mía y me la apretó con repentina e

cupado. Quiero averiguar qué piensas hacer.

inmensa sinceridad-. No tengo mucho en donde elegir. Lo he

Ella se frotó la nariz, y concentró la mirada en el techo.

hablado con el abogado; bueno, a él no le dije nada de lo de

- H o y es miércoles, ¿no? Pues supongo que dormiré hasta

Río, sería capaz de avisar él mismo a la bofia antes que perder

el sábado, pienso concederme un buen *schluffen*. El sábado por

sus honorarios, y toda la pasta que O. J. Berman tuvo que poner

la mañana pasaré un momento por el banco. Luego iré a casa,

para la fianza. Bendito sea O. J.; pero una vez, en la costa del

recogeré un par de camisones y mi Mainbocher.<sup>1</sup>

Pacífico, le ayudé con más de diez mil en una mano de póquer:

Tras lo cual,

estamos empatados. No, en realidad el problema es éste: lo

1. Un vestido diseñado por el modisto Mainbocher. (*N. del T.*)

único que la bofia quiere de mí es que les sirva gratis un par

88

89

de presas, y que les preste mis servicios como testigo de la

donde haya que llamar, y consígueme una lista de los cincuen-

acusación contra Sally. Nadie piensa juzgarme a mí, no tienen

ta hombres más ricos del Brasil: da igual la raza o el color.

ni la más mínima posibilidad de condenarme. Mira, guapito,

Otro favor: busca en mi apartamento esa medalla que me diste,

quizá esté podrida hasta el fondo mismo de mi, corazón, *pero*

y no pares hasta encontrarla. La de San Cristóbal. La necesita-

no estoy dispuesta a dar testimonio contra un amigo. No pien-

ré para el viaje.

so hacerlo, aunque logren demostrar que Sally dopó a una

monja. Trato a las personas como ellas me tratan a mí, y el

La noche del viernes el cielo estaba rojo, tronaba, y el sá-

viejo Sally, de acuerdo, no fue del todo sincero conmigo, di-

bado, fecha de la partida, la ciudad entera zozobraba bajo una

g amos que se aprovechó un poco de mí, pero de todos modos

verdadera tempestad marina. No hubiera sido de extrañar que

sigue siendo un buen tipo, y prefiero que esa policía gorda me apareciesen tiburones nadando por el cielo, pero parecía im-secuestre antes que ayudar a que esos leguleyos fastidien a Sally. probable que ningún avión consiguiera atravesarlo.

-Alzando el espejo de la polvera frente a su rostro, y arreglándose el carmín con un pañuelo arrugado, prosiguió:- Y, para cimimiento de que el vuelo no despegaría, siguió haciendo suserte sincera, eso no es todo. Hay cierto tipo de focos que son preparativos, aunque debo añadir que la mayor parte de esa muy perjudiciales para la tez de una chica. Aunque el jurado carga la hizo recaer sobre mis hombros. Porque había decidido otorgara el título del Corazón Más Generoso del Año, en do que no sería prudente de su parte acercarse siquiera al edieste barrio no tendría futuro: me cerrarían igualmente las puerficio de piedra arenisca. Y tenía toda la razón: estaba vigilado, tas de todos los sitios, desde La Rue hasta el Perona's Bar and no se sabía si por policías, reporteros u otros posibles interesa-Grill. Créeme, me recibirían tan bien como a la peste. Y si dos: había, simplemente, algún hombre, a veces varios, ron- tuvieras que vivir del tipo de talento que tengo yo, cariño, com- dando siempre por allí. De modo que Holly se fue directa- prenderías muy bien a qué clase de bancarrota estoy refirién- mente del hospital a un banco, y luego al bar de Joe Bell. dome. En absoluto, no me hace ninguna gracia una escena final - C r e e que no la han seguido - m e dijo Joe Bell cuando en la que yo apareciese bailando un agarrado en el Roseland1 llegó con el recado de que Holly quería que me reuniese allí con algún patán del West Side, mientras la elegante señora de con ella lo antes posible, al cabo de media hora como Trawler pasea su tartamudeo por Tiffany's. No lo soportaría. máximo, cargado c o n - : Las joyas. La guitarra. Cepillo de Prefiero enfrentarme a la gorda. dientes y todo eso. Y una botella de un brandy de hace cien Una enfermera, que se coló sigilosamente en la habitación,

años, dice que la encontrarás escondida en el fondo del cesto me dijo que la hora de visita se había terminado. Holly code la ropa sucia. Sí, ah, y el gato. Quiere el gato. Aunque, menzó a quejarse, pero no pudo seguir porque le metieron un diablitos - d i j o - , no estoy muy seguro de que esté bien que la termómetro en la boca. Pero, cuando yo me despedí, se lo ayudemos. Habría que protegerla de sí misma. A mí me quitó para decirme:

vienen ganas de decírselo a la poli. Podría volver al bar y - H a z m e un favor, anda. Llama al *New York Times* o a darle unas cuantas copas, a lo mejor la emborracho lo suficiente como para que se quede.

1. El Roseland era uno de los más populares salones de baile en la época A trompicones, subiendo y bajando a toda velocidad la esdel swing. Entre sus atracciones destacaba la presencia de las *dance-hostess*, secalera de incendios entre su apartamento y el mío, azotado por ñoritas que, a cambio de una módica cantidad, accedían a bailar con todo aquel que se lo propusiera. (N. *del T.*)

el viento y calado hasta los huesos (y también arañado hasta  
90

91

esos mismos huesos, porque al gato no le gustó la idea de la - S ó l o harán falta dos - l e dijo él-. No pienso beber por el evacuación, sobre todo con un tiempo tan inclemente) me las éxito de esta locura.

arreglé para reunir con notable eficacia las pertenencias que Cuanto más trataba ella de camelarle («Ay, Mr. Bell. No Holly quería llevarse. Incluso encontré la medalla de San Cristodos los días desaparece la dama. 1 ¿Seguro que no quiere brintóbal. Lo amontoné todo en el suelo de mi habitación hasta dar por ella?»), de peor humor iba poniéndose él:

construir una conmovedora pirámide de sujetadores y zapati- - N o pienso participar en nada de esto. Si piensa irse al inllas y fruslerías, que luego metí en la única maleta que Holly fierno, tendrá que hacerlo sin mi ayuda.

poseía. Introduje los montones de cosas que no cupieron allí  
Una afirmación, por cierto, inexacta: pues al cabo de unos  
en bolsas de papel de las de la tienda de comestibles. No se  
segundos de haberla pronunciado frenó delante del bar una  
me ocurría cómo llevar el gato, hasta que decidí hundirlo en  
limousine con chófer, y Holly, la primera que se fijó, dejó su  
una funda de almohada.

copa en la barra y enarcó las cejas como si creyese que iba a  
No importa ahora el porqué, pero en una ocasión me re-  
aparearse el fiscal del distrito en persona. Lo mismo me ocurrió  
corrí a pie todo el camino que va desde Nueva Orleans hasta  
a mí. Y cuando vi que Joe Bell se azoraba no tuve más reme-  
Nancy's Landing (Mississippi), casi ochocientos kilómetros.  
dio que pensar, Santo Dios, de modo que sí ha llamado a la  
Pues bien, aquello fue una nadería en comparación con el viaje  
policía. Hasta que, con las orejas al rojo, anunció:

hasta el bar de Joe Bell. La guitarra se llenó de lluvia, la lluvia  
- No os preocupéis. Sólo es uno de esos Cadillac de la  
ablandó las bolsas de papel, las bolsas se rompieron y se de-  
Carey. Lo he alquilado yo. Para que la lleve al aeropuerto.  
rramó el perfume por la acera y las perlas cayeron rodando en  
Nos dio la espalda y se puso a manipular uno de sus ramos.  
las alcantarillas, y todo eso mientras el viento me empujaba y  
-Tenga la amabilidad, querido Mr. Bell - le dijo Holly-  
el gato lanzaba arañazos y maullidos; pero lo peor de todo era  
Vuélvase a mirarme.

que tenía muchísimo miedo: yo era tan cobarde como José;  
El se negó a hacerlo. Sacó las flores del jarrón y se las tiró  
me parecía que aquellas calles batidas por la tempestad se en-  
a Holly; pero falló el blanco, y se esparcieron por el suelo.  
contraban infestadas de presencias invisibles que de un mo-  
-Adiós - dijo Joe Bell; y, como si estuviera a punto de vo-  
mento a otro me atraparían, me encarcelarían por estar ayu-  
mitar, se escabulló en dirección al retrete de caballeros. Oímos  
dando a una delincuente.

correr el cerrojo.

-Llegas tarde, chico - dijo la delincuente-. ¿Has traído el

El chófer de la Carey era un espécimen con mucho mundo  
brandy?

que aceptó nuestro chapucero equipaje de la forma más cor-

Y el gato, una vez en libertad, saltó y se instaló sobre su

tés, y que mantuvo su expresión pétrea cuando, mientras la

hombro, desde donde comenzó a balancear la cola como si se

limousine se deslizaba hacia la parte alta de la ciudad bajo una

tratase de una batuta dirigiendo alguna rapsodia. También

lluvia no tan torrencial como antes, Holly se desnudó de la

Holly parecía habitada por cierta melodía, airoso chumpachum-

ropa de montar a caballo que aún no había tenido oportuni-

pachum de *bon voyage*. Abrió la botella de brandy y me dijo:

dad de cambiarse, y logró ponerse con no pocas contorsiones

- T e n í a que haber formado parte de mi ajuar de novia. Mi

un ajustado vestido negro. No dijimos nada: hablar nos habría

idea era pegarle un trago en cada aniversario. Gracias a Dios,

jamás llegué a comprarme el baúl donde meterlo todo. Mr.

1. El original contiene una referencia al título *The Lady Vanishes* (*Alarma*  
Bell, tres copas.

*en el expreso*), película dirigida por Alfred Hitchcock en 1938. (N. del T.)

92

93

conducido a discutir; y, por otro lado, Holly parecía demasia-

rojo. Abrió de golpe la puerta y se puso a correr calle abajo.

do preocupada como para sostener una conversación. Tarareó

Yo corrí tras ella.

para sí, dio algunos tragos de brandy, estuvo acercándose una

Pero el gato no estaba en la esquina donde le habían deja-

y otra vez a la ventanilla para mirar afuera, como si buscara

do. No había nadie, absolutamente nadie en toda la calle, apar-

unas señas; o, según acabé deduciendo, para llevarse una últi-

te de un borracho que estaba meando y un par de monjas ne-

ma impresión de unos escenarios que quería recordar. Pero no

gras que apacentaban un rebaño de niños que cantaban dulce-  
lo hacía por ninguna de esas dos cosas. Sino por esta otra:  
mente. Salieron más niños de algunos portales, y algunas  
-Pare aquí - l e ordenó al chófer, y nos detuvimos junto a  
mujeres se asomaron a sus ventanas para ver las carreras de  
la acera de una calle del Harlem latino. Un barrio salvaje, chi-  
Holly, que corría de un lado para otro gritando:  
llón, triste, adornado con las guirnaldas de grandes retratos de  
- E h , gato. Oye, tú. ¿Dónde te has metido? Ven, gato.  
estrellas de cine y vírgenes. El viento barría los desperdicios,  
Siguió así hasta que un chico con muchos granos en la  
pieles de fruta y periódicos putrefactos, porque aún silbaba el  
cara se adelantó hacia ella con un viejo gato agarrado de los  
viento, aunque la lluvia había amainado y se abrían estallidos  
pelos del cuello:  
de azul en el cielo.  
-¿Quiere un gato bonito, señora? Se lo doy por un dólar.  
Holly bajó del coche, llevándose consigo al gato. Acu-  
La limousine nos había seguido. Por fin Holly me dejó que  
nándolo, le rascó la cabeza y preguntó:  
la llevara hacia el coche. Junto a la puerta todavía dudó; miró  
- ¿ Q u é te parece? Creo que éste es un lugar adecuado para  
por encima de mi hombro, por encima del chico que seguía  
alguien tan duro como tú. Cubos de basura. Ratas a porrillo.  
ofreciéndole su gato («Medio dólar. ¿Lo quiere por veinticinco  
Montones de gatos con los que formar pandillas. Así que sal  
centavos? Veinticinco centavos no es tanto»), hasta que se es-  
zumbando -dijo, y le dejó caer al suelo; y como él se negó a  
tremeció y tuvo que agarrarse a mi brazo para no caer.  
alejarse, y prefirió permanecer allí, con su cabeza de criminal  
-Joder. Eramos el uno del otro. Era mío.  
vuelta hacia ella e interrogándola con sus amarillentos ojos de  
Le dije que yo volvería a buscarlo.  
pirata, Holly dio una patada en el suelo:- ¡Te he dicho que te  
- Y cuidaré de él. Te lo prometo.



largues!

Ella sonrió: aquella nueva sonrisa, apenas una muequecilla

El gato se frotó contra su pierna.

desprovista de alegría.

- ¡ T e digo que te largues por ahí a tomar por...! - g r i t ó

- P e r o ¿y yo? - d i j o , susurró, y volvió a estremecerse.

Holly, y entró en el coche de un salto, cerró de un portazo y

Tengo mucho miedo, chico. Sí, por fin. Porque eso podría se-

dijo:- Vámonos. Vámonos.

quir así eternamente. Eso de no saber que una cosa es tuya

Me quedé pasmado.

hasta que la tiras. La malea no es nada. La mujer gorda tam-

- L a verdad es que lo eres. Eres una mala puta.

poco. Eso otro, eso sí, tengo la boca tan reseca que sería inca-

Recorrimos toda una manzana antes de que contestase.

paz de escupir aunque me fuera en ello la vida. - S u b i ó al

- Y a te lo había contado. Nos encontramos un día junto al

coche, se hundió en el asiento-. Disculpe, chófer. Vámonos.

río, y ya está. Los dos somos independientes. Nunca nos ha-

híamos prometido nada. Nunca... -dijo, y se le quebró la voz,

DESAPARECE LA CHICA DE TOMATO. Y: SE TEME

le dió un tic, y una blancura de inválida hizo presa de su

QUE LA ACTRIZ COMPLICADA EN EL CASO DE LOS

rostro. El coche había parado porque el semáforo estaba e n

TRAFICANTES HAYA SIDO VICTIMA DE LA MAFIA. Sin

94

95

embargo, pasado algún tiempo la prensa informó: APARECE

nombre, porque seguro que ahora ya lo tenía, seguro que había

EN RIO LA PISTA DE LA ACTRIZ DESAPARECIDA. Las

llegado a un sitio que podía considerar como su casa. Y, sea

autoridades norteamericanas no hicieron, al parecer, ningún es-

lo que sea, tanto si se trata de una choza africana como de

fuerzo por recobrarla, y el caso fue perdiendo importancia hasta

cualquier otra cosa, confío en que también Holly la haya en-

quedar reducido a alguna que otra mención en las columnas contrado.

de cotilleo; como gran noticia, sólo resucitó una vez: por Navidad, pues Sally Tomato murió de un ataque cardíaco en Sing Sing. Transcurrieron los meses, todo un invierno, sin que me llegara ni una sola palabra de Holly. El propietario del edificio de piedra arenisca vendió las pertenencias que ella había abandonado: la cama de satén blanco, el tapiz, sus preciosos sillones góticos; un nuevo arrendatario alquiló el apartamento, se llamaba Quaintance Smith y reunía en sus fiestas un número de caballeros ruidosos tan elevado como Holly en sus mejores tiempos, pero en este caso Madame Spanella no puso objeciones, es más, idolatraba al jovencito, y le proporcionaba un *filet mignon* cada vez que aparecía con un ojo a la funerala. Pero en primavera llegó una postal: «*Brasil resultó bestial, pero Buenos Aires es aún mejor. No es Tiffany's, pero casi. Tengo pegado a la cadera a un «Señor» divino. ¿Amor? Creo que sí. En fin, busco algún lugar adonde irme a vivir (el Señor tiene esposa, y siete mocosos) y te daré la dirección en cuanto la sepa. Mille tendresses.*» Pero la dirección, suponiendo que llegase a haberla, jamás me fue remitida, lo cual me entristeció, tenía muchísimas cosas que decirle: *vendí* dos cuentos, leí que los Trawler habían presentado sendas demandas de divorcio, estaba a punto de mudarme a otro lugar porque la casa de piedra arenisca estaba embrujada. Pero, sobre todo, quería hablarle de su gato. Había cumplido mi promesa; le había encontrado. Me costó semanas de rondar, a la salida del trabajo, por todas aquellas calles del Harlem latino, y hubo muchas falsas alarmas: destellos de pelaje atigrado que, una vez inspeccionados detenidamente, no eran suyos. Pero un día, una fría tarde soleada de invierno, apareció. Flanqueado de macetas con flores y enmarcado por limpios visillos de encaje, le encontré sentado en la ventana de una habitación de aspecto caldeado: me pregunté cuál era su